DOCUMENTOS

EN HONOR

DEL

GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

COORDINADOS

POR LA COMISIÓN, QUE NOMBRÓ DE SU SENO,

LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA



CARACAS
IMPRENTA BOLIVAR
De Pedro Coll Otero
1890

DOCUMENTOS

EN HONOR

DEL

GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

COORDINADOS

POR LA COMISIÓN, QUE NOMBRÓ DE SU SENO,

LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, Venezuela.



CARACAS
IMPRENTA BOLIVAR
De Pedro Coll Otero
1890



A. J. de Sucre

A. H.
El Lib.r
L

Quito à 17. de Setbre 1829

Mi General

Hoy ha venido à decirme que en virtud de una resolucion del Colegio electoral de esta Provincia, [illegible] sus diputados, y que aunque ha dado los [illegible] halla embarazos en su congregacion. Entre tanto han juntas p.r dar por tierra en la formacion, fundandose en q. baxo el sistema de [illegible] adelantado nada estos paises, sino q. han. Los avisos del Prefecto, de las personas del pueblo, q. él está apoyado de una manera q. no se puede pensar, é indudablem.te conforme ideas amortiguadas harto perjudiciales publica, y [illegible] à la integridad nacional: calcula así.

El Sor. Presid.te de la asamblea, se ha escusado con decir q. lo hacia p.r temor de q. la [illegible] sus males. El [illegible] era de la medida p.s diputados q. ya estan [illegible] [illegible] exponerse à un compromiso entre sus opiniones [illegible], y dicen con razon, q. p.r [illegible] obligado à tales intimandon p.r el correo, à Bogotá, sin molestarlo [illegible], la resolucion de V. parece haber

Desayra

A. H. E.
El Lib.
L

Quito á 17. de Setbre. 1829

Mi General

Hoy ha [illegible] decirme que en virtud de una resolucion [illegible] el Colegio electoral de esta Provincia [illegible] sus diputados, y que aunque ha dado leyes [illegible] halla embarazos en su congregacion. Estos hacen juntas pa. dar por base en la formacion, fundandose en qe. bajo el sistema [illegible] han adelantado nada estos paises, sino qe. son [illegible] los arrios del Prefecto, de las personas del pueblo, y él está apoyado de una manera [illegible] que puede pensarse, é indudablemte. con [illegible] ideas amortiguadas harto perjudiciales [illegible] publica, y quizas á la integridad nacional [illegible] calcula así.

El Sr. [illegible] Presidente de la Asamblea, se ha escusado [illegible] me dijo qe. lo hacia pr. temor deqe. la [illegible] iria sus males. El ha convenido en la medida [illegible] diputados qe. ya estan inclinados á ira [illegible] exponerse á un compromiso entre sus opiniones [illegible], y dice con razon, qe. pa. in[illegible] á tales [illegible] manden pr. el correo, á Bogotá, sin molestarlo [illegible], la resolucion de Vd. parece haber

Derayra

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

—

Academia Nacional de la Historia.

En su junta ordinaria del día 12 de marzo del año actual, (1890) esta Corporación celebró el acuerdo que á continuación se inserta, relativo á la parte que la Academia debe tomar en la celebración de la gloria del Gran Mariscal de Ayacucho, con ocasión de la estatua que va á erigírsele en Cumaná.

Dice así el acuerdo:

"1º—Abrir un certamen con el tema siguiente: "Sucre—Trabajo histórico," extensivo á toda la América, y señalar el 28 de octubre del año actual, segundo aniversario de esta Academia, para adjudicar en junta pública y solemne los premios que consistirán en: 1º Una medalla de oro y cuatro mil bolívares para el mejor trabajo; 2º Una medalla de plata y mil bolívares para el que le siga en mérito y 3º dos menciones honoríficas.

§ único.—Las composiciones deberán estar en la Secretaría de este Cuerpo el 28 de setiembre próximo.

2º—Coleccionar en folleto las mejores composiciones en prosa y verso que se hayan escrito en honor de Sucre, para distribuirlo en el acto de la fiesta; para lo cual se nombra desde luego una comisión compuesta de los Vocales señores Doctores Julián Viso y Rafael Seijas y Don Marco Antonio Saluzzo.

3º—Lectura en el mismo acto, por un académico, de la Biografía del Gran Mariscal, escrita por el Libertador.

4º—Discurso de orden, que pronunciará el académico señor General Jacinto Regino Pachano, como está acordado.

5º—El acto será presidido por el académico señor Doctor Raimundo Andueza Palacio, Presidente electo de la República.

6º—Esta festividad se verificará en el Paraninfo de la Universidad.

NOTA.—El Director, en unión del Secretario, formulará, el correspondiente programa de la festividad."

El Director,

VICENTE CORONADO.

El Secretario,

TEÓFILO RODRÍGUEZ.



RESUMEN SUCINTO DE LA VIDA DEL GENERAL SUCRE

(ESCRITO POR EL LIBERTADOR)

....
....
"U. créame, General, nadie ama la gloria de U. tanto como yo. Jamás un Jefe ha tributado más gloria á un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de U. hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia le doy á U. cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo: desapruebo mucho lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime."—BOLÍVAR.—Al General Sucre.—*(Párrafo de carta del Libertador.—Lima: 21 de febrero de 1825).*

El General Antonio José de Sucre nació en la ciudad de Cumaná, provincia de Venezuela, el año de 1790, de padres ricos y distinguidos.

Recibió su primera educación en la capital, Caracas. En el año de 1802 principió sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de ingeniero. Empezada la revolución se dedicó á esta arma y mostró desde los primeros momentos una aplicación y una inteligencia que lo hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra, y desde luego el General Sucre salió á campaña. Sirvió á las órdenes del General Miranda con distinción en los años 11 y 12. Cuando los Generales Mariño, Piar, Bermúdez y Valdez emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acampañó á una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron

la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres ó cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores. Quinientos paisanos armados, mandados por el intrépido Piar, destrozaron ocho mil españoles en tres combates en campo raso. El General Sucre era uno de los que se distinguían en medio de estos héroes.

El General Sucre sirvió el E. M. G. del Ejército de Oriente desde el año de 1816 hasta el de 1817, siempre con aquel celo, talento y conocimientos que lo han distinguido tanto. El era el alma del ejército en que servía. El metodizaba todo: él lo dirigía todo, mas, con esa modestia, con esa gracia con que hermosea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, el General Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. El era el azote del desorden y, sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesión al Libertador y al Gobierno lo ponían á menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos encendían los espíritus. El General Sucre quedaba en la tempestad semejante á una roca, combatida por las olas, clavados los ojos en la patria, y sin perder, no obstante, el aprecio y amor de los que combatía.

Después de la batalla de Boyacá, el General Sucre fué nombrado Jefe del Estado Mayor General Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad asociado al General Briceño y al Coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el General Morillo el año de 1820. Este tratado es digno del alma del General Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada á la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luégo fué destinado desde Bogotá á mandar la división de tropas que el Gobierno de Colombia puso á sus órdenes para auxiliar á Guayaquil que se había insurreccionado contra el Gobierno Español. Allí Sucre desplegó su genio conciliador, cortés, activo, audaz.

Dos derrotas consecutivas pusieron á Guayaquil al lado del abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud, sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el General Sucre se hallaba en Guayaquil, y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud: el General Sucre dirigió este noble deseo con acierto y con gloria. Triunfa en Yaguachi, y libra así á Guayaquil. Después un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El General Sucre lo conjuró, lo rechazó sin combatirlo. Su política logró lo que sus armas no habrían alcanzado. La destreza del General Sucre obtuvo un armisticio del General español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha se debe á esta hábil negociación; por que sin élla, aquella célebre jornada no habría tenido lugar. Todo habría sucumbido entonces, no teniendo á su disposición el General Sucre medios de resistencia.

El General Sucre formó, en fin, un ejército respetable durante aquel armisticio con las tropas que levantó en el país, con las que recibió del Gobierno de Colombia y con la división del General Santa Cruz que obtuvo del Protector del Perú, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos á los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fué dirigida y mandada en persona por el General Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles; la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas á todo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fué nombrado en premio de sus servicios, General de División é Intendente del De-

partamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su Libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del Jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. El bién dura poco; bien pronto lo perdieron.

La pertinaz ciudad de Pasto se sublevó poco después de la capitulación que le concedió el Libertador con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho que acabamos de ver con asombro, no le era comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato y pérfido obligó al General Sucre á marchar contra él, á la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto fueron franqueados por los invencibles soldados de Colombia. El General Sucre los guiaba, y Pasto fué nuevamente reducido al deber. El General Sucre, bien pronto fué destinado á una doble misión, militar y diplomática cerca de este Gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la República para intervenir en la ejecución de las operaciones de las tropas colombianas auxiliares del Perú. Apenas llegó á esta capital, cuando el Gobierno del Perú le instó, repetida y fuertemente, para que tomase el mando del ejército unido; él se denegó á ello, siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo con fuerzas muy superiores convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden; todo iba á sucumbir sin el Jefe militar que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El General Sucre tomó, á su pesar, el mando.

El Congreso que había sido ultrajado por el Presidente Riva-Agüero, depuso á este magistrado luégo que entró en el Callao, y autorizó al General Sucre para que obrase militar y políticamente como Jefe Supremo. Las circunstancias eran terribles, urgentísimas: no había que vacilar sino obrar con decisión.

El General Sucre renunció, sin embargo, el mando que le confería el Congreso, el que siempre insistía con mayor ardor en el mismo empeño, como que era él el único hombre que podía salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao ence-

rraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era un caos. El enemigo estaba á las puertas con fuerzas dobles: la plaza no estaba preparada para un sitio: los cuerpos de ejército que la guarnecían eran de diferentes Estados; de diferentes partidos; el Congreso y el Poder Ejecutivo luchaban de mano armada; todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusión, y al parecer el General Sucre era responsable de todo. El, pues, tomó la resolución de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y del Poder Ejecutivo. Aconsejó á ambos cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia.

El General Sucre tenía órdenes positivas de su Gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias instestinas; esta fué su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de apatía por parte del general de Colombia, que si había tomado el mando militar, había sido con suma repugnancia, y sólo por complacer á las autoridades peruanas; pero bien resuelto á no ejercer otro mando que el estrictamente militar. Tal fué su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir si la verdad dicta estas líneas.

Las operaciones del General Santa Cruz en el Alto Perú habían empezado con buen suceso y esperanzas probables. El General Sucre había recibido órdenes de embarcarse con cuatro mil hombres de las tropas aliadas, hacia aquella parte. En efecto, dirige su marcha con tres mil colombianos y chilenos: desembarca en el puerto de Quilca, y toma la ciudad de Arequipa. Abre comunicaciones con el General Santa Cruz que se hallaba en el Alto Perú: á pesar de no recibir demanda alguna de dicho General de auxilios, dispone todo para obrar inmediatamente contra el enemigo común. Sus tropas habían llegado muy estropeadas, como todas las que hacen aquella navegación: los caballos y bagajes, había costado una inmensa dificultad obtenerlos: las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron

vestirse antes de emprender una campaña rigurosa. Sin embargo todo se efectuó en pocas semanas. Ya la división del General Sucre había recibido parte del General Santa Cruz, que la llamaba en su auxilio, y algunas horas después de la recepción de este parte estaba en marcha, cuando se recibió el triste anuncio de la disolución de la división peruana en las inmediaciones del Desaguadero. Por entonces todo cambiaba de aspecto. Era, pues, indispensable mudar de plan. El General Sucre tuvo una entrevista con el General Santa Cruz en Moquegua, y allí combinaron sus ulteriores operaciones. La división que mandaba el General Sucre, vino á Pisco, y de allí pasó, por orden del Libertador, á Supe para oponerse á los planes de Riva-Agüero que obraba de concierto con los españoles.

En estas circunstancias el General Sucre instó al Libertador para que le permitiese ir á tomar el valle de Jauja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al General Canterac que venía del Sur. Riva-Agüero había ofrecido cooperar á esta maniobra; mas su perfidia pretendía engañarnos. Su intento era dilatarla hasta que llegasen los españoles, sus auxiliares. Tan miserable treta no podía alucinar al Libertador, que la había previsto con anticipación, ó más bien que la conocía por documentos interceptados de los traidores y de los enemigos.

El General Sucre dió en aquel momento brillante testimonio de su carácter generoso. Riva-Agüero lo había calumniado atrozmente: lo suponía autor de los decretos del Congreso; el agente de la ambición del Libertador; el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruega encarecida y ardientemente al Libertador, para que no lo emplee en la campaña contra Riva-Agüero, ni aún como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él, que siguiese como espectador, y no como Jefe del ejército unido; su resistencia era absoluta. Él decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares en aquella lucha, é infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva-Agüero, y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, según se dijo, á los vehementes clamoreos del General Sucre. Él tomó

en persona el mando del ejército, hasta que el General La Fuente por su noble resolución de ahogar la traición de un Jefe, y la guerra civil de su patria, prendió á Riva-Agüero y á sus cómplices. Entonces el General Sucre volvió á tomar el mando del ejército; lo acantonó en la provincia de Huailas donde se le ordenó; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel dapartamento había producido muy poco ó nada al Estado. Sin embargo el General Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando á la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fué que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitían.

Sucre tuvo orden de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo efectuó con el esmero que acostumbra, y dictó aquellas providencias preparatorias que debían servirnos para realizar la próxima campaña.

Cuando la traición del Callao y de Torre-Tagle llamó los enemigos á Lima, el General Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones pérfidas que se extendió en todo el territorio contra la libertad del país, la gloria del Libertador, y el honor de los colombianos. El General Sucre combatió con suceso á todos los adversarios de la buena causa; escribió con sus manos resmas de papel para impugnar á los enemigos del Perú y de la libertad; para sostener á los buenos, para confortar á los que empezaban á desfallecer por los prestigios del error triunfante. El General Sucre escribía á sus amigos que más interés había tomado por la causa del Perú, que por una que le fuese propia ó perteneciese á su familia. Jamás había desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados: ellos lograron retener en la causa de la patria, á muchos que la habrían abandonado sin el empeño generoso de Sucre. Este General tomó al mismo tiempo á su cargo la dirección de los preparativos que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al Valle de Jauja por

encima de los Andes, helados y desiertos. El ejército recibió todos los auxilios necesarios debidos, sin duda, tanto á los pueblos peruanos que los prestaban como al Jefe que los había ordenado tan oportuna y discretamente.

El General Sucre después de la acción de Junín se consagró de nuevo á la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él, y los piquetes que venían de alta al ejército, eran auxiliados por el mismo General: estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres, que quizá habrían perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos á tan piadoso servicio. Para el General Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria, parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su corazón: él es el general del soldado.

Cuando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campaña durante el invierno que entraba, el General Sucre desplegó todos los talentos superiores que lo han conducido á obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del nuevo mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cochabamba hasta Huamanga, es una operación insigne, comparable quizá á la más grande que presenta la historia militar. Nuestró ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados á desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña, tiene un mérito todavía que no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa.

La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de élla ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora á los vencedores de catorce años, y á un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante á Waterloo, que de-

cidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de la naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando á los americanos el ejercicio de sus derechos, y el *sagrado imperio* de la naturaleza.

El General Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará á Sucre con un pié en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada.

Lima: 1825.



ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

(POR RAMÓN AZPURÚA)

I

En la región oriental de la Capitanía general de Venezuela moraba don Carlos de Sucre, sugeto distinguido y de fortuna, que en 1734 levantó á su costa, en compañía de don Juan de Dios Valdez, los castillos de San Francisco y del Padrastro, en la antigua Guayana. Aquel sugeto pertenecía á la familia Sucre, familia que ya para principios del siglo XVIII hacía figura notable en Venezuela.

Medio siglo después existió allí en Oriente otro miembro de esa prosapia, don Vicente de Sucre y Urbaneja, esposo de doña María Manuela de Alcalá, de otra casa distinguida de Cumaná, domicilio de ambos, y en donde tuvieron varios hijos, uno de aquellos Antonio José, nacido el día 3 de Febrero de 1793, (3 de febrero de 1795) que recibió la primera educación en Caracas, capital de la Capitanía general.

Para 1808 estudiaba este mancebo las matemáticas con el propósito de seguir la carrera de ingeniero en la cual obtuvo el grado de Teniente para 1810, y, poco después del memorable 19 de Abril, fué destinado por el Gobierno revolucionario de Caracas á servir en la provincia de Barcelona la Comandancia de ingenieros. "De esta manera concurrían en el joven cumanés las nativas inclinaciones y los estudios y quehaceres de

militar científico, para labrar lenta pero sólidamente, el ánimo generoso y fuerte, que á su debido tiempo trajera sobre sus sienes inmaculadas, la auréola de los héroes."

II

En una orden general de Miranda en su campaña sobre Valencia en 1811, dispuso que el oficial Antonio José Sucre, que se hallaba en Barcelona sirviendo como oficial científico, viniera á su Estado Mayor, en donde prestó él servicios al lado del mártir de la libertad americana, durante la desastrosa campaña siguiente de 1812; campaña que todo republicano honrado recordará siempre con dolor patriótico, y con respeto á la memoria del venerable patricio víctima de la perfidia de Monteverde, y del error cometido en La Guaira por los subalternos de aquél.

La catástrofe de ese año que hizo perder la República por la infausta y calamitosa ocupación de gran parte del territorio por las hordas del mencionado Jefe realista, dispersó los republicanos más notables. Uno de éstos, Sucre, aunque no muy notable todavía, se refugió en su provincia nativa, Cumaná, y de allí salió en 1813 á reunirse con Mariño, Piar, Bermúdez, Valdés, y los otros héroes que en Chacachacare juraron morir por la libertad; y que emprendieron la reconquista de Venezuela, en cuya heroica campaña sirvió Sucre con incansable actividad, inteligencia y valor á las órdenes de los dos primeros.

III

Bajo Mariño siguió sirviendo Sucre, inseparable, durante la campaña de 1813. Tomó parte activa en ésta hasta la rota de Monteverde por Piar y Azcúa, y la rendición de la plaza de Cumaná; y luégo en la organización del ejército de Oriente tocó á Sucre formar el batallón de Zapadores, lo que logró al través de grandes dificultades, por la alarma de los habitantes y la profunda pobreza en que se hallaba el país.

IV

Al comenzar el año de 1814, cediendo Mariño á las instancias del Libertador, concurrió con su hermoso Ejército oriental á la campaña sobre Caracas, incorporándose al de Occidente para el mes de Marzo. Allí venía Sucre como Teniente Coronel y con la reputación de Oficial científico, organizador y valeroso.

Desde luego el Libertador le destinó á servir el Estado Mayor general del Ejército de Oriente, empleo en que desplegó el celo, talento y luces que tanto le distinguieron. "El era—Sucre—el alma del Ejército en que servía, según la expresión del mismo Libertador: todo lo metodizaba; todo lo dirigía; pero con aquella modestia, con aquella gracia, con que hermoseaba cuanto hacía; él era el mediador, el consejero, el guía, siguiendo siempre la buena causa, corrigiendo el desorden, y sin dejar de ser amigo de todos sus compañeros de armas."

"Estas calificaciones del mérito de Sucre, dadas por el grande hombre de la América del Sur, por aquel que hubiera visto en el vencedor de Pichincha, de Ayacucho y de Tarqui, un rival de sus glorias, si hubiera sido capaz de sentir el terrible aguijón de la envidia, son sin duda las que hacen el más grande elogio de la capacidad y de las virtudes del héroe cumanés, al mismo tiempo que nos dan una alta idea de la nobleza y de la justicia del héroe caraqueño. Bolívar debía hacer justicia á Sucre, porque Bolívar no podía ser envidioso, como no puede serlo el que tiene un gran mérito que todos reconocen."

V

Continuó Sucre la campaña bajo Mariño en el puésto de Jefe de Estado Mayor á que le destinó el Libertador.

Las derrotas de Aragua y Urica, tan desastrosas para los republicanos, arrojaron á muchos de éstos á las Antillas. Sucre, con tal motivo, permaneció en

Trinidad hasta que Bolívar regresó de los Cayos de Haití con elementos que oponer de nuevo á los españoles; y viniendo aquél con otros patriotas á incorporársele, ocurrió un naufragio en que perecieron varios, salvando á Sucre la serenidad con que permaneció 20 horas sobre un baúl en alta mar á merced de las olas, hasta que Santiago Calderón y Francisco J. Gómez le recogieron y le llevaron á Chacachacare.

Aquí conviene expresar, aunque se falte á la cronología, que Sucre, recordando este servicio prestado por dos hombres del pueblo, mandó desde Bolivia en 1825, una suma de pesos á Calderón y á Gómez, suma que, como otra más considerable, que en la misma época remitió á sus hermanos con la condición de que no reclamasen del Gobierno el valor de sus esclavos emancipados por haber tomado las armas en favor de la República, provenía de la cantidad que se le adjudicó como parte del millón de pesos que el Congreso del Perú puso á disposición del Libertador para que lo distribuyera á su voluntad entre los Generales, Jefes, oficiales y tropa del Ejército Unido.

Salvado Sucre de aquel naufragio, tomó en Güiria, de orden de Mariño, el mando del "Batallón Colombia," uno de los cuerpos con que se puso cerco á Cumaná, en cuya provincia permaneció hasta que, por las disensiones de los patriotas, se separó de Mariño, y con Urdaneta y 30 oficiales fué á reunirse á Bermúdez y luégo á Bolívar en Angostura, atravesando los desiertos de Maturín y Guayana. Ya tenía la categoría de Coronel graduado.

VI

Sucre se separó de Mariño porque él era primero patriota que soldado, antes amigo de la República que de su conciudadano.

La historia registra como uno de los varios desaciertos del exaltado patriotismo de algunos repuplicanos, la congregación, el día 8 de mayo de 1817, en San Felipe de Cariaco, de una Asamblea cuyo verdadero objeto era desconocer la autoridad del Libertador.

La operación del Congreso de Cariaco no encontró general acogida. Sucre, aunque joven, tenía sensatez que faltó en aquel trance á otros respetables patriotas. No acompañó, pues, á Mariño en sus propósitos, que habían de traer males á la causa pública, pues era Bolívar el centro de autoridad y de dirección reconocido generalmente, con la conciencia de que solamente así se podía triunfar del poder español en América. Los resultados comprobaron esta verdad.

VII

El año de 1817 lo pasó Sucre sirviendo en diversos puntos de Guayana. Ya Coronel efectivo, hecho por el Jefe Supremo de Venezuela, fué destinado á servir la Comandancia del Bajo-Orinoco; y penetrado Bolívar de cuán apto era Sucre para crear orden y establecer la disciplina militar, lo destinó al Estado Mayor divisionario de Bermúdez; con lo cual terminaron los sucesos de Oriente en 1817.

VIII

Promediando el año de 1818, elevado Sucre al alto rango de General de Brigada, desempeñaba el puésto de Jefe de E. M. general del Ejército, bajo Bermúdez. La situación de Venezuela era angustiadísima. Se habían perdido las ventajas obtenidas á costa de cruentos sacrificios; se desbarataban los cuerpos de Ejército en que cifraban esperanzas los patriotas, y desaparecía el armamento y todo material de guerra indispensable para levantar nuevas legiones.

En situación tan deplorable mandó Bolívar á Sucre en comisión á las Antillas, para solicitar armas y municiones necesarias á fin de reparar los descalabros. Nunca tuvieron Washington y Napaleón una posición tan difícil: sin dinero, sin crédito establecido, sin apoyo regular de un vecino, el Libertador tenía al frente los aguerridos batallones y todo el poder de España, y esto en un país que no poseía para entonces la conciencia de que tenía derecho á su libertad.

La confianza que Bolívar puso en su Teniente no resultó fallida. Este, que como su General, tenía el dón de persuadir á los cultos extranjeros como á sus compatriotas, consiguió en las Antillas el crédito necesario; levantó recursos y adquirió 9.750 fusiles, el tren de artillería y la gran cantidad de municiones de guerra, bastantes para comenzar por tercera vez la campaña que prometía ser feliz para la República.

IX

Al volver Sucre de las Antillas, con su honor y palabra empeñados, encontró en Guayana base para cumplir sus principales compromisos con el comercio extranjero, porque el activo patriota José Félix Blanco, Comandante General de las Misiones, había prometido al Libertador, y lo cumplía, levantar valores en ganados, mulas y algodones que la regular, laboriosa y honrada Administración de Blanco en las Misiones del Caroní, le permitió poner á disposición del Gobierno en Angostura, y que fueron destinados á cubrir los compromisos contraídos por su comisionado.

Por este tiempo Sucre fué nombrado Jefe de Estado Mayor del Ejército que mandaba Mariño en el Oriente de Venezuela, y luégo pasó á servir el Estado Mayor General del Libertador. Con ese carácter mereció de Bolívar la designación, con el Coronel Pedro Briceño Méndez y el Teniente Coronel José Gabriel Pérez, ambos muy notables en el ejército republicano por sus luces y servicios, para ajustar con Morillo el tratado de regularización de la guerra, que se firmó á las diez de la noche del 25 de noviembre de 1820. "Este tratado, escribía el Libertador, en el Perú el año de 1825, es digno del alma de Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada á la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho."

X

En 1821, en Bogotá, fué Sucre destinado á mandar las tropas de Colombia en auxilio de Guayaquil,

insurreccionado contra el Gobierno español en el sentido de la Independencia.

Dos derrotas consecutivas, á Luis Urdaneta y á Valdez, sucesivamente, pusieron á Guayaquil al borde del abismo; pero llegó Sucre y desplegó allí su genio conciliador, cortés, activo y audaz.

XI

El pueblo de Guayaquil deseaba la libertad. Sucre dirige con acierto este deseo. Triunfa en Yaguachi y liberta á Guayaquil, y triunfa luégo, sin combatir, del ejército realista que se presentó vencedor, fuerte y de nuevo combatiente.

La habilidad de Sucre logra del Jefe español un armisticio que supo aprovechar: valió por una gran victoria y la de Pichincha se debió indudablemente á esta operación.

XII

Ratificó Quito [acta de 29 de mayo] en una asamblea de sus más ilustres ciudadanos, el pacto de Unión con la Nueva Granada y Venezuela, dictando al mismo tiempo otras medidas que tenían por objeto recordar á la posteridad el triunfo de Pichincha y la gloria de sus libertadores.

"A imitación de Quito, se declaró también Guayaquil unido á Colombia, por el órgano de una asamblea popular reunida el 31 de julio. Desde entonces quedó adherido á la Gran República, y pocos días después formó de él Bolívar un nuevo departamento de Colombia. Años adelante, [1824] organizó el Congreso otros dos en el hermoso territorio de la antigua Presidencia; á saber: el del Ecuador, cuya capital fué Quito, y el del Azuay, que tenía por tal á Cuenca."

XIII

"La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fué dirigida y mandada en persona por el General Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes

militares; superó dificultades que parecían invencibles; la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas: mas todo lo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fué nombrado, en premio de sus servicios, General de División, é Intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él á su libertador, su amigo: se mostraban más satisfechos del Jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibíau de sus manos. El bién dura poco: bien pronto lo perdieron.

"La pertinaz ciudad de Pasto se subleva poco después de la capitulación que le concedió el Libertador, con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho, que veremos pronto con asombro, no la será comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato en esta vez, obligó al General Sucre á marchar contra él á la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto, fueron franqueados por los invencibles de Colombia. El General Sucre los guiaba, y Pasto fué nuevamente reducida al deber."

XIV

Terminada la campaña del Sur de Colombia, el Libertador quiso atender á la suerte del Perú. "En consecuencia el General Sucre fué destinado á una doble misión militar y diplomática, cerca de este Gobierno, cuyo objeto era ponerse al lado del Presidente de la República peruana, para intervenir en la ejecución de las operaciones de las tropas colombianas auxiliares del Perú. Apenas llegó á la capital (Lima), que el gobierno del Perú instó repetida y fuertemente para que tomase el mando del ejército unido: él se denegó á ello, siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo con fuerzas muy superiores, convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden; todo iba á sucumbir sin un jefe militar

que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El General Sucre tomó á su pesar el mando.

"El Congreso, que había sido ultrajado por el Presidente Riva-Agüero, depuso á este magistrado luégo que entró en el Callao; y autorizó al General Sucre para que obrase militar y políticamente como Jefe Supremo. Las circunstancias eran terribles y urgentísimas: no había que vacilar sino obrar con decisión.

"El General Sucre renunció, sin embargo, el mando que le confería el Congreso, el que siempre insistía con mayor ardor en el mismo empeño, como que era el único hombre que podía salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era un caos. El enemigo estaba á las puertas con fuerzas dobles: la plaza no estaba preparada para un sitio: los cuerpos de ejército que la guarnecían, eran de diferentes Estados, de diferentes partidos: el Congreso y el Poder Ejecutivo luchaban de mano armada: todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusión, y al parecer el General Sucre era responsable de todo. Él, pues, tomó la resolución de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y del Poder Ejecutivo. Aconsejó á ambos cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia."

XV

La situación que atravesaba el Perú reclamó la presencia de Bolívar en aquellas regiones. Así lo solicitaron los poderes públicos y el pueblo peruano. Bolívar tuvo el asentimiento del Congreso colombiano para ir en persona á libertar la tierra del Sol. Él prontamente marchó al lugar de la necesidad con los elementos de que pudo disponer.

"Para 1º de setiembre, en que Bolívar llegó á Lima en medio de universales aclamaciones, rodeado de los homenajes de la admiración y de la gratitud, el estado de los negocios de aquella parte de la

América era en verdad desesperado. Todo el Alto Perú y la mayor parte del Bajo, estaban en poder de los realistas. Recientes y brillantes triunfos habían reanimado su valor y sus esperanzas, cuando el desaliento reinaba entre los patriotas, divididos además, en bandos políticos, escasos de recursos metálicos y apenas poseedores de la capital (Lima) y de los países situados en la costa del Norte, entre los cuales, menos como amiga que como contraria, debía contarse á Trujillo, ocupada á la sazón por el partido armado de Riva-Agüero, "el enemigo más injustò é implacable de los colombianos."

"Los patriotas del Perú estaban lamentablemente divididos; pero un partido no trataba sino de que se hiciese la independencia del país por cualquiera que fuera capaz de hacerla, y no hallaban que Riva-Agüero fuese el hombre destinado por la Providencia para verificar aquel prodigio, creyendo por el contrario que Bolívar sólo podía conseguir el objeto. Los envidiosos de la gloria de este hombre, estimaban en menos la independencia del país y de toda la América y la suerte de la presente y de las futuras generaciones, que la satisfacción de su orgullo individual; y esto debía ser así, porque son pocos los hombres, como San Martín, que tuvo la grandeza de alma necesaria para hacerse á un lado y ceder su puésto al que estaba llamado á realizar los grandiosos proyectos. Yo estoy seguro de que si San Martín hubiera podido decentemente seguir trabajando en la independencia del Perú, bajo las órdenes de Bolívar, él hubiera dado el ejemplo de la subordinación, de la modestia y de la virtud republicana; pero bien claro estaba entonces, y bien evidente es hoy, que aquellos patriotas vocingleros del Perú, que sólo eran facciosos, que sólo manifestaban una ambición insensata, y que en tres años de campañas desgraciadas, de proyectos quiméricos y de ensayos en la ciencia administrativa, sólo pudieron demostrar su incapacidad, no eran seguramente los que podían ganar las victorias de Junín y Ayacucho."

XVI

Riva-Agüero, que no pudo atemperarse á que la independencia del Perú se debiera al colombiano, se

hizo hombre muy notable, más que por haber sido Presidente de aquella República y revolucionario armado en Trujillo, por su frenético é implacable odio á Bolívar; y llevó su descontento hasta malhallarse con la gran causa americana.

"Cerca de 60 días habían corrido en negociaciones y parlamentarios enviados de una y otra parte, sin que el ex-Presidente se conformara con ninguno de los partidos que le proponía el Libertador. Conociendo éste que Riva-Agüero obraba de mala fé, y que abrigaba algún proyecto desconocido, tuvo la fortuna de descubrirlo. Interceptáronse cartas que dirigía á sus agentes, especialmente al Coronel don Remigio Silva, que mandaba sus fuerzas, por las que se manifestaba que Riva-Agüero y su Ministro de Guerra don Ramón Herrera, negociaban con los realistas para establecer, si podían, un Rey ó Emperador en el Perú.

"Adquiridas por Bolívar unas pruebas tan claras de doblez y mala conducta de Riva-Agüero y de sus agentes inmediatos, que pretendían entregar la patria á sus opresores y destruir las tropas de Colombia, venidas en su auxilio, determinó obrar con su actividad acostumbrada."

Fué sofocada la facción de Trujillo.

"La Fuente envió sin demora, á Riva-Agüero y á Herrera presos á Guayaquil. El Libertador mandó poco tiempo después al Intendente Comandante general de esta provincia, que les pusiera en libertad, para que se trasladaran al país extranjero que mejor les acomodase. Riva-Agüero siguió, en efecto, á Europa, donde permaneció algunos años." Aprovechó éste, según el dicho de un contemporáneo, el rasgo generoso de Bolívar, para ocuparse allá de componer un libelo infamatorio en que intentó denigrar, con la más atroz calumnia, al mismo Bolívar, á San Martín, á Sucre y á todos los redentores de las regiones del Pacífico. Ese libelo que desprecia el patriota honrado, vió la luz por el año de 1854 bajo el pseudónimo de Pruvonena; y es fama que su publicación la ha hecho un hijo del mismo Riva-Agüero.

Como consecuencia de la excusa de Sucre, Bolívar se encargó en persona de la Comandancia en jefe

del Ejército, cargo al cual volvió aquél después, como veremos adelante.

XVII

No obstante el cúmulo de dificultades que se presentaba en la marcha de los negocios del Perú, pudo el Libertador en poco tiempo organizar un Ejército, que aunque inferior en número,—el de los españoles era de 20.000 hombres—con él y con los refuerzos de Colombia pensaba observar y luégo hacer frente á las legiones de los realistas. Pero en Cajamarca se impuso por una correspondencia interceptada al enemigo, que fuerzas sutiles españolas amenazaban perturbar en las costas del Pacífico las operaciones de Colombia, de donde por entonces lo aguardaba todo. Por esto le ocurrió que sería inútil esperar los refuerzos colombianos; mientras que la probabilidad de que el Ejército español, que estaba en el Alto Perú, obrara sobre el patriota prontamente, indujo á Bolívar á tomar la resolución audaz, y que fué salvadora, de *buscar al enemigo* para destruirlo en el interior.

El Ejército Unido no excedía de 10.000 hombres de fuerza total, inclusos los hospitales: así abrió el Libertador la campaña en mayo de 1824. A Lamar le fué confiado el mando en Jefe del Ejército del Perú, á Sucre el de Colombia, á Miller el de la caballería peruana, y Santa Cruz fué llamado para el Estado Mayor general que hasta su incorporación desempeñaría O'Connor. Estos destinos no fueron permanentes en toda la campaña, en que se hicieron algunas alteraciones posteriormente.

Pero ocurría una novedad que para otro hombre de menos audacia y valor moral que Bolívar, habría constituido una contrariedad. Sucre disentía del Libertador acerca de esta operación que creía por demás aventurada. Pensaba él que debían esperarse los refuerzos de Colombia para buscar el enemigo con la seguridad de triunfar. Mas Bolívar veía las cosas de otro modo. "Las vacilaciones, dijo á Sucre, nos perderían. Los refuerzos de Colombia se hacen esperar. Los españoles moverán sobre nosotros sus fuerzas del Alto Perú. Debemos buscar ahora

á Canterac para destruirle y que así cambie nuestra situación. La estrella de Colombia está brillante. Triunfaremos."

XVIII

Bolívar á la cabeza del Ejército Unido hizo su primer movimiento sobre el departamento de Huanuco. Canterac le opuso 9.000 hombres disciplinados, aguerridos, y, lo que era peor, 2.000 infantes de una brillante caballería superior á la patriota porque estaba muy bien montada y era de aquel Jefe español arma predilecta. Después de varios movimientos de ambos Ejércitos, llegó el Libertador con el Unido al Oeste del pueblo de los Reyes, el día 5 de agosto.

Vamos á copiar lo que sobre esta jornada dice un actor, testigo presencial.

"Aquella noche, el Libertador hizo llamar á los Generales Lamar y Sucre, y se ocupó algún tiempo en dar varias órdenes.

"Se previno al General Córdova, que á las cuatro de la mañana del día siguiente rompiese la marcha con su División: al General Lamar, que con el Ejército del Perú ocupase el centro; y al General Lara, que con su División guardase la retaguardia.

"El día 6 á las cinco de la mañana, todo el Ejército se hallaba en movimiento con dirección al pueblo de los Reyes. Desde las diez empezó á llegar el espionaje, trayendo la noticia de que el General Canterac, con su División, regresaba á Pasco, por el mismo camino que había llevado el día antes. El Libertador dispuso al momento que el General Necoechea se pusiese á la vanguardia del Ejército con toda la caballería, y que la infantería por Divisiones redoblase la marcha. El mismo Libertador, con los Generales Lamar, Sucre y Santa Cruz, se puso á la cabeza de la caballería, mientras que la infantería, unas veces al trote y otras á paso redoblado, caminaba sin detenerse en parte alguna. A las cuatro de la tarde nuestra caballería, como á una legua de distancia, divisó al enemigo que salía del pueblo de los Reyes por el camino de Tarma. Toda su infan-

tería, por columnas en masa, se retiraba á paso redoblado y al trote por toda la pampa, cubriendo su retaguardia su brillante caballería. El Libertador mandó apurar el paso á nuestra infantería, que á pesar de sus esfuerzos venía como á una legua de distancia de nuestra caballería, lo cual había sido observado por el enemigo. Una gran laguna separaba las dos caballerías. La nuestra, dejando el camino de los Reyes, marchó por la orilla opuesta como á cortar la suya, que aparentaba retirarse con su infantería. El General Canterac, que desde la pampa observó este movimiento, conociendo que su caballería era superior en número y caballos, y que á la cabeza de la nuestra iban nuestros principales Generales, se dispuso á esperarla para dar una carga, contando con un triunfo seguro, según dijo él en un parte que se le interceptó después de la batalla.

"Nuestra caballería debía salir á la pampa de Junín por medio de unos pequeños cerros cubiertos de paja, situados á la orilla de la laguna. El General Canterac, á la sombra de estos mismos cerros, dejando el camino que llevaba su infantería, descabezó la laguna con su caballería, varió de dirección por una pronta maniobra, y formando una línea de batalla, forzada por otra de reserva, esperó el momento en que asomase la nuestra para cargarla. Al salir á la pampa el General Necoechea, que vió al enemigo en aquella formación, sin perder un instante y al trote, mandó entrar en batalla nuestra caballería por retaguardia de la primera División; pero aun no se había acabado de ejecutar esta maniobra, cuando el enemigo, aprovechándose de este movimiento, para arrollar nuestra caballería, á todo galope, enristradas las lanzas y con sable en mano, se arroja sobre la línea, rompiendo algunos cuerpos de los que habían entrado en batalla, y envolviendo parte de las columnas que sucesivamente iban entrando. Sin embargo de que este primer impulso fué violento, el desorden no se prolongó más allá de los escuadrones que sufrieron el choque. Allí mandaba en persona el Libertador. Los otros cuerpos, con aquella serenidad hija del valor, refrenaron sus caballos sin perder terreno, formaron á discreción de sus Jefes una nueva línea, y vengaron bien pronto á sus camaradas."

XIX

La jornada de Junín colocaba á una gran altura el nivel del heroísmo americano. Allí estaba gran parte de los hombres más valientes del continente. Las posiciones, el número y otras circunstancias favorecían á los realistas. La victoria les halagó en algunos momentos; pero la atraerá á los independientes un esfuerzo de acostumbrada osadía y de valor. Necoechea con 7 heridas, y prisionero, los principales cuerpos patriotas destrozados, perseguidos, acuchillados....

La estrella de Colombia se eclipsaba; pero un escuadrón peruano y otro colombiano guiados por Braun y Suárez, cargan con furor de leones, y á la sombra de estos dos valientes cuerpos los Coroneles Silva, Laurencio—á quien el Libertador llamó "el héroe de Junín,"—Carvajal, Bruix y el General Miller restablecen la formación, y á esta embestida no pueden resistir los escuadrones realistas. La victoria da su palma á Bolívar.... la estrella de Colombia estaba radiante!

XX

Junín produjo muy favorables resultados para la campaña del Perú. Impuso á los realistas, y á los patriotas inspiró confianza en sus propias fuerzas.

Bolívar se encontró en gran necesidad de marchar á Lima, para atender al Gobierno del país y preparar los medios y elementos para continuar la campaña. Dictó algunas medidas, concertó lo que convenía ejecutar y se dispuso á volver á la Costa.

Daremos lugar á los interesantes detalles de un actor de esta campaña, y, como tal, testigo presencial de los acontecimientos.

"Formado este plan, el Libertador confió el mando en jefe del Ejército al General Sucre, por haberse excusado de tomarlo el General Lamar, que era el de más graduación; previniéndole, sin em-

bargo, que obrase de acuerdo con este General, tanto por las consideraciones de su grado, como por sus conocimientos militares y prácticos del país, que sin duda influyeron en el buen resultado de la campaña.

"El Libertador, la víspera de separarse del Ejército, ordenó que se llamase al General Sucre.—Cuando este General se presentó, se hallaba el Libertador en conferencia con el General Lamar. Por los informes que tomó de él, ratificó los que había recibido anteriormente del país, y con estos datos, sin vacilar un instante más, dirigiéndose al General Sucre, le dijo: "General: está resuelto el problema: " usted tendrá más tropas con que afrontar al ene- " migo dentro de pocos días. Yo haré que vengan de " la Costa sin pérdida de tiempo. Entre tanto, con- " viene que ganemos terreno. Póngase usted en mar- " cha con el Ejército y ocupe las provincias que " vaya abandonando el enemigo. Si él con su Ejér- " cito tomase posiciones más allá del Apurimac, " manténgase usted al frente mientras le llegan las " tropas para batirlo. Si viniese contra usted con " mayor fuerza, retírese hasta Huancavelica, y tome " posiciones sobre el puente, en el paso del río, que " allí debe recibir los auxilios que voy á enviarle. " Si por alguna casualidad se viese usted forzado en " la retirada, ya en un desfiladero, ya en un paso " desventajoso, á perder alguna tropa, antes que su- " ceda, comprometa más bien una batalla, porque " más vale aventurar el triunfo con fuerzas desigua- " les, que perder el Ejército en una mala retirada."

" . . . .

. . . .

"Hechos los arreglos convenientes, el Libertador partió para la Costa, y pocos días después el Ejército continuó sus operaciones, incorporándose el batallón *Caracas* y el segundo escuadrón de *Granaderos montados*, que habían llegado de Colombia, á quienes el Libertador encontró en el camino y les hizo redoblar la marcha.

" . . . .

. . . .

"Al siguiente día por la mañana se hizo más sensible nuestra pérdida, (habla de la rota en la retirada del día 2 de diciembre, de la pampa de Matará) porque faltaba un número de tropas que no era calculable. Nuestro hospital sólo contaba 93 heridos; y no obstante, se echaron de menos en cada uno de los cuerpos, desde 22 hasta 500 hombres, sin contar con la caballería dispersa. El General en jefe se acusaba á sí mismo de esta desgracia, se echaba en cara la dilación con que había ejecutado el movimiento del día anterior por demasiada confianza, y aun fuí testigo de la aflicción que sentía su corazón.

"Calmado un poco el General Sucre por algunas juiciosas reflexiones que le hacían otros Generales, él ordenó que saliesen otras guerrillas de Tiradores á provocar al enemigo. No fué infructuosa esta medida, porque á los tiros salieron del bosque muchos de nuestros soldados de los que se habían dispersado; y oídos que fueron por el *Escuadrón de Colombia*, granadino, le sirvieron de señal para buscar el Ejército.

" . . . .
. . . .

"A las cinco de la mañana del día 5 de Diciembre, continuando el Ejército la retirada, se le presentó al General en jefe el Comandante Medina, Edecán del Libertador, que iba de la Costa con comunicaciones oficiales. El General Sucre empezó á informarse por éste de su contenido antes de abrirlas, continuando la retirada hasta un pueblecito inmediato en que las abrió y en donde se racionó el Ejército, quedando el enemigo á más de 4 leguas.

" . . . .
. . . .

"El Libertador en sus comunicaciones anunciaba al General Sucre que no debía contar con más fuerzas para aquella campaña: que aun no había llegado el General Salóm con las tropas que con tanta impaciencia se esperaban, ni se tenían noticias ciertas de su venida: que había tenido Urdaneta un revés en la costa: que la escuadra peruana había sido

descalabrada en un encuentro con la española al mando de Bruzeta; y que, finalmente, la situación se desmejoraba cada día con la lentitud y con el riesgo de que mayores fuerzas realistas del Alto–Perú cayesen sobre el Ejército del interior.

"..
....

"Sin esperar más, mandó el Libertador expedir una orden terminante al General en Jefe, previniéndole: que cualesquiera que fuesen su posición y la del enemigo, aventurase una batalla, bajo el concepto de que no debía reparar en el mayor número ni en atrincheramientos, ni fortificaciones si las tenían; y que en todo caso debía buscarlo para batirlo." A ésto se redujeron las comunicaciones que el Comandante Medina trajo al General Sucre.

"Éste, que estaba resuelto á cumplir instrucciones anteriores, fundado en la enorme desigualdad de las fuerzas nuestras, que comparadas con las del enemigo eran á penas la mitad y que sólo podían salvarse por la habilidad del General, y en último caso por el valor heroico de los colombianos, pensaba retirarse hasta Huancavelica dejando el camino principal á la izquierda; y contaba ya con que el enemigo no nos podría alcanzar aunque redoblase las marchas: pero, instruidos todos los Generales del Ejército de la nueva disposición del Libertador, no se pensó en otra cosa que en buscar un terreno para campo de batalla. Así fué que el Ejército, después de haber comido, se puso en movimiento, aparentando continuar la retirada á un paso regular, y á las seis de la tarde se acampó por Divisiones en masa sobre el mismo campo que llevaba.

"..
....

XXI

Los movimientos del Ejército se verificaron con suma actividad y precisión, como que los dirigía un gran General y los ejecutaba un Ejército aguerrido y entusiasta. El enemigo ejecutó los suyos con mucha habilidad y maestría.

Al despuntar la aurora del día 9 de diciembre se hallaban en el campo de Ayacucho dos Ejércitos que iban á decidir sobre una gran causa, la independencia de un Continente.

No tuvo Napoleón un General que pudiera aventajar al que Bolívar confió la realización de la libertad en la tierra de los Incas. Sucre, con serenidad inalterable, vigilaba todos los movimientos de ambos Ejércitos, y con sumo aplomo dirigía los del Unido en el que sobresalía el entusiasmo. Víctores á Colombia, al Libertador y al General en Jefe, se oían en todas las Divisiones.

XXII

El combate comenzó. Sucre hizo reforzar la línea en varios puntos.

"Nuestra ala izquierda, sostenida por el Ejército del Perú, cargada con ímpetu por los Tiradores de la División del General Valdez, y combatida cruelmente por la metralla de su artillería, fué reemplazada en parte con el batallón *Vencedor*, de la reserva, que desplegado en batalla sobre la línea, sostuvo sus más fuertes ataques, y hasta las dos y media de la tarde la lucha se mantuvo con un furor que parecía inextinguible.

"El enemigo, que hasta entonces sólo había hecho uso de sus Tiradores y artillería, se resolvió á comprometer sus columnas del centro y ala izquierda, tal que, habiendo avanzado hasta la Sabaneta, fueron recibidas por la División del General Córdova que mandaba nuestra ala derecha, y en el primer encuentro las desbarató. Nuestra caballería, aprovechándose de su desorden, cargó á la del enemigo, que á derecha é izquierda las quiso proteger, y logrando romperla la destrozó igualmente, envolviendo sus cuerpos, cubriendo el campo de cadáveres, y haciéndole muchos prisioneros, entre ellos el Virrey. Éste se había mantenido con su guardia en la batería de la derecha al pié de la loma. Pero nuestros soldados, acostumbrados á vencer por tantos años, valientes, heroicos; al resonar un viva al Libertador, se arrojaron sobre ella y se apoderaron de todo y aún del Virrey.

"El triunfo se decidió entonces por nosotros, á impulsos del valor y del heroísmo que luchaban contra doble fuerza; y á las cinco de la tarde nuestros depósitos contaban más prisioneros que tropas para custodiarlos, porque nuestros soldados indistintamente perseguían al enemigo en todas direcciones.

"Al decidirse la batalla, los Generales españoles se replegaron á su reserva, que sin hacer un tiro se puso en retirada por toda la loma; y haciendo alto á corta distancia, convinieron entregarse, tratando de sacar el mejor partido que les fuese posible en su situación, porque no les quedaba otro recurso.

"..
...."

XXIII

A las 5 h. 30' p. m. del día 9, el triunfo del Ejército Unido era completo. El Comandante Mediavilla, Ayudante de Valdez, buscaba al General en Jefe para proponer una capitulación á nombre de los Generales españoles. A las 6 ya se conocía en el campamento realista la magnanimidad del Jefe colombiano, y esa noche se extendieron en el pueblo de Quinúa las condiciones de la capitulación concedida por el vencedor.

XXIV

"..
....

"La aurora del 9 de diciembre había visto los dos Ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación. Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha, compuesta de los batallones *Bogotá*, *Voltígeros*, *Pichincha y Caracas*, al mando del señor General Córdova; la izquierda, de los batallones 1º, 2º, 3º, y *Legión Peruana*, bajo el muy ilustre señor General Lamar; el centro, los *Granaderos y Húsares de Colombia*, con el señor General Miller; y en reserva, los batallones *Rifles*, *Vencedor* y *Vargas* al mando del señor General Lara....................

"..

"Nuestra pérdida es de 310 muertos y 609 heridos, entre los primeros el Mayor Duxbury, de *Rifles*, el Capitán Urquiola, de *Húsares de Colombia*, los Tenientes Oliva, de *Granaderos de Colombia*, Colmenares y Ramírez, de *Rifles*, Bonilla, de *Bogotá*, Sevilla, de *Vencedor*, y Prieto y Ramonet, de *Pichincha:* entre los segundos, el bravo Coronel Silva,—Laurencio—de *Húsares de Colombia*, que recibió tres lanzazos cargando con extraordinaria audacia á la cabeza de su regimiento *(y proclamado en el propio campo de batalla General de Brigada de Colombia y del Perú, por Sucre, quien luégo por escrito y de palabra dijo con entusiasmo marcial:* "ENVIDIO LAS GLORIOSAS HERIDAS DE SILVA"); el Coronel Luque que, al frente del batallón *Vencedor*, entró á las filas españolas; el Comandante León, del batallón *Caracas* que con su cuerpo marchó sobre una batería enemiga.

" . . . .

. . . .

(ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.—Del parte de la batalla de Ayacucho, 11 de diciembre de 1824).

XXV

Los datos oficiales encontrados en el Estado Mayor de los realistas demuestran que su fuerza disponible en la jornada se elevaba á 9.310 hombres. El Ejército Libertador, que opuso menos de 6.000, compuesto de 4.500 colombianos, 1.200 peruanos y 80 argentinos, pudo, por el estado y posiciones del español, reducirlo á una entrega discrecional; pero SUCRE creyó más digno del nombre americano, conceder la magna capitulación que luégo pidiera personalmente y en toda forma oficial el General Canterac, en su carácter de Comandante en Jefe en la jornada, la que se selló en el campo de batalla. Por ella se entregaron los restos del Ejército realista, todo el territorio del Perú ocupado por él, las guarniciones, parques, almacenes y las fortalezas del Callao con sus existencias.

En el Ejército Unido formaban muchos de los hombres más valerosos de Sud-América. Estos héroes ejecutaron muy atrevidos movimientos y daban las cargas más recias y esforzadas á los víctores repe-

tidos con entusiasmo á la REPUBLICA DE COLOMBIA y al Libertador á cuyo nombre combatían; y los trofeos de la victoria de Ayacucho los ofrendaron por el órgano del General en Jefe, al Padre de Colombia y Libertador del Perú.

XXVI

La guerra magna de emancipación de Sud-América podemos decir que terminó el 9 de diciembre de 1824; pues aunque siguieron armados Olañeta en el Alto-Perú, y Rodil en el Callao, que desacertados desconocieron la capitulación de Ayacucho, eran ya por demás desesperados y estériles sus esfuerzos: ningún resultado dieron estos en favor de la dominación española en las regiones del Pacífico, según el desenlace que en breve se notará. Olañeta sucumbió luégo combatiendo, y Rodil tuvo que conformarse con capitular.

" . . . .

. . . .

XXVIII

Las capitulaciones fueron aprobadas y aplaudidas.

"Bolívar, que era tan noble, tan magnánimo, tan político como Sucre, aprobó las capitulaciones concedidas á los españoles vencidos y por vencer, y se complació en la gloria de su teniente, porque las almas grandes no conocen la envidia, y sólo pueden tener aquella emulación que inspira la virtud para competir con los nobles en nobleza, con los generosos en generosidad, con los sabios en sabiduría. Otro corazón apocado y mezquino no hubiera podido perdonar á Sucre su espléndida victoria; le hubiera desaprobado su generosidad, y le hubiera hecho un cargo de no haber pasado á cuchillo á sus prisioneros. ¿ Y cómo constituir las rentas del Estado en trasportar á los prisioneros hasta España? ¿ Y cómo admitir en las filas del Ejército Libertador á sus verdugos? ¿ Y cómo olvidar las muertes y los atentados durante tan largo número de años en el Perú? Estos habrían sido los cargos que un miserable envidioso de la gloria ajena

hubiera hecho á Sucre, para desgraciarle después de su victoria; y muchos necios hubieran hallado que el vencedor en Ayacucho habría hecho traición á la libertad."

"..

....

Y como muestra de aprobación y aplauso general, los Congresos del Perú y de Colombia decretaron honores y recompensas á los Libertadores.—El primero declaró á Bolívar *Padre y Libertador del Perú*, y á Sucre *Gran Mariscal de Ayacucho*; y el segundo decretó una notable medalla al Libertador y una rica espada de oro al Mariscal.

"..

....

XXX

"Despues de los triunfos de Junín y Ayacucho quedaba todavía el General Pedro A. Olañeta, que aunque por enemistad personal con el Virrey le había negado su obediencia y rebeládose contra él, se hallaba no obstante con un Ejército considerable, sosteniendo la divisa real en las provincias del Alto-Perú.

"Cuando Olañeta recibió las primeras noticias del desastre de Ayacucho, formó la resolución de mantener por sí solo la guerra, y al efecto dirigió parte de sus fuerzas al Desaguadero y parte á Puno. Frustrado el objeto de estos movimientos por defección en las tropas, hubo de recoger su dispersada gente y retirarse con ella á Potosí, en lamentable y desesperada situación. Todo conspiró á un tiempo contra él.

"Sucre, que no encontraba obstáculos en su marcha, se adelantó hasta Oruro: el General Arenales, con tropas de Buenos Aires, se movía desde Salta en combinación con el Jefe colombiano; y buen número de los mejores soldados realistas se sublevaba en la Paz y Valle-Grande, pasándose á las filas de los independientes. Perdido con la desgracia el tino, dividió nuevamente sus fuerzas Olañeta destacando algunas contra los recientemente sublevados y otras á hacer

frente á la invasión de Arenales, que con parte de su Ejército había ocupado á Tupiza. Siguióse á este error otra desgracia. Las fuerzas destinadas contra el argentino, hallaron que el Comandante Medinaceli que con ellos debía cooperar, se había sublevado también, con lo que, exasperado y fuera de sí Olañeta, marchó á atacarle y fué muerto en la pelea. Sus tropas destinadas á Valle-Grande capitularon, sellando así la libertad del Alto-Perú.

"Libre todo el Alto-Perú, diputó Sucre cerca del gobierno de Colombia un oficial del Ejército para presentarle los trofeos de la última campaña. Hallábanse entre ellos el estandarte real de Castilla que condujo Pizarro á aquellas apartadas regiones trescientos años antes, y los pendones que eran la insignia del vasallaje de sus provincias á los descendientes de Fenando VI.

"Desde Ayacucho hasta Tupiza se habían humillado ante los Libertadores, 25 Generales realistas, 1.100 Jefes y oficiales y 18.000 soldados: libres se hallaban dos millones de habitantes que, diseminados en un inmenso territorio, empezaban á gozar los bienes de la independencia, debidos á los esfuerzos generosos de Colombia.

XXXI

"Desde que Sucre puso el pié en el territorio del Alto-Perú, convocó una Asamblea general de representantes del pueblo con el objeto de organizar su gobierno. Estas provincias, que desde 1778 habían sido desmembradas del Virreinato de Lima para componer parte del de Buenos Aires y que habián vuelto accidentalmente á su primera dependencia luégo que empezaron los disturbios políticos de Charcas en 1809, quedaron en libertad para constituirse, en virtud del abandono que ambos gobiernos hicieron de sus respectivas pretensiones.

"Instalada la Asamblea general el 10 de Julio de 1825, declararon el 6 de Agosto (aniversario de la batalla de Junín) la independencia de aquellas provincias, y el 11 del mismo mes se constituyeron bajo la deno-

5

minación de República de Bolivia, confiando el Poder Ejecutivo al Libertador por todo el tiempo que residiera dentro de su territorio, y encargando á Sucre del mando inmediato de los departamentos.

"En 26 de noviembre del mismo año expidió el Libertador, en Chuquisaca, un reglamento de elecciones para el Congreso constituyente de Bolivia que debía reunirse en dicha ciudad el 19 de Abril de 1826. Instalado en efecto nombró primer Presidente vitalicio al General Sucre, que sólo por dos años admitió esta dignidad, y, lo que es más raro, por dos años no más la conservó, pudiendo en ella perpetuarse. Dígase con placer y repítase en honor de la memoria de aquel gran colombiano. Tan modesto como desinteresado, juzgó que la casi general elección que de él habían hecho para aquel destino los colegios electorales, y la unánime confirmación del Congreso, no eran suficientes para justificar contra el tenor de la Constitución semejante nombramiento en un extranjero, que teniendo en su favor el prestigio de la victoria y de la autoridad, podía considerarse como instrumento de su propia elevación, en la tierra que aun pisaban sus soldados.

"La moderación que dirigió todos los actos de su corto gobierno y la religiosidad con que cumplió su voluntaria promesa de abandonar el mando á los dos años, prueban que su conciencia le dictó aquellas protestas, y que él obedecía á su conciencia."

XXXII

Terminada la guerra con la expulsión de los españoles de la tierra de los Incas; establecida la república en el Alto y Bajo-Perú; ocupados los poderes públicos respectivos en afianzar la libertad y hacer perdurable la independencia de las regiones del Pacífico, comenzaron á agitarse las ambiciones antipatrióticas y los intereses mezquinos de localidad. Se puso en juego la seducción para corromper la disciplina y la moral del ejército auxiliar libertador, lo que no tardó en conseguirse conduciéndolo hasta el terreno fatal de la sublevación y el motín de cuarteles.

A la perspicacia de Sucre no se escaparon aquellas tramas, ni el peligro. Se ocupó, para evitar los males, del envío á Colombia de las tropas auxiliares que estaban á su mando en Bolivia; pero se anticiparon aquéllos. La fuerza de la intriga, redoblada en los momentos, puso en abierta rebelión al *Batallón Voltígeros* y otros cuerpos acuartelados en La Paz de Ayacucho, que depusieron á sus Jefes y victorearon al Perú y al General Santa-Cruz.

Veamos lo que, tratando este episodio, dijo un historiador americano:

"Mas desgraciadamente, el General don José Lamar, Presidente entonces del Perú, llevado de miras siniestras, principió por reunir y citar muchos cuerpos de tropas en las fronteras de Bolivia, y, como muy pronto se verá, intervino después á las claras y sin rebozo en sus asuntos, promoviendo la relajación de la disciplina en las tropas que servían en aquella República,violando su territorio y conculcando sus fueros.

"Activamente se ocupaba Sucre en preparar trasportes y dinero para devolver á Colombia las tropas auxiliares, pensamiento que mucho tiempo antes le había sugerido el deseo de dar al Perú y á Buenos Aires inequívoca muestra de las miras pacíficas de su gobierno, y á los pueblos de la República un testimonio de la confianza que tenía en su amor, y de la seguridad que le inspiraban sus propios procederes; cuando un motín concertado por las intrigas de Lamar y dirigido por el General Agustín Gamarra, que mandaba las tropas peruanas situadas en la fronteras de Bolivia, vino á amargar su corazón y á dar principio á los trastornos que, después, multiplicadamente y sin respiro, turbaron el sosiego de la incipiente y desgraciada República."

XXXIII

Tales sucesos trastornaron en el momento el plan de trasportar á Colombia las tropas auxiliares. Sucre, disgustado, se propuso resignar la autoridad suprema que ejercía legalmente, en la Representación nacional boliviana, que convocó por decreto de 31

de diciembre para el inmediato mayo, y alejándose de la capital de la República dejó el Poder Ejecutivo á cargo de sus Ministros, con lo que quiso que quedaran en completa libertad las inmediatas elecciones.

XXXIV

En La Paz de Ayacucho sonó primero, ya se sabe, el clarín de la sedición y del motín; pero conviene hacer constar que no fué aquella sociedad cómplice en el suceso.

"El pueblo de la Paz, dice un historiador, no se ingirió en esta odiosa traición: por el contrario, animándose sus vecinos notables, luégo que se vieron libres de la fuerza, recogieron y custodiaron algunos dispersos y rezagados, y contribuyeron así gradualmente á mantener el orden en la población."…….

XXXV

"Sabidos por Gamarra estos sucesos, dice otro historiador, sin previa declaración de guerra, violando todos los pactos, y aprovechando las circunstancias de haberse embarcado ya para su país los auxiliares colombianos y estar malamente herido Sucre; hizo irrupción en Bolivia con 5.000 peruanos. Estrechado y amilanado el Presidente accidental Urdininea, admitió en Piquiza las bases de una especie de tratado, por el cual habían de salir de Bolivia todos los militares colombianes, debía reunirse el Congreso, admitir la renuncia del Gran Mariscal, y convocarse una Asamblea que reviese y modificase la Constitución del Estado. Convenio vergonzoso en que Bolivia recibió cual ley la despótica voluntad de los violadores de su territorio, sin la disculpa siquiera de haberles resistido.

"Todo lo veía Sucre, y nada tenía que esperar de aquella gente. Como el Congreso tardaba demasiado en reunirse, puso en manos de algunos de sus miembros, ya presentes en Chuquisaca, tres pliegos que contenían la renuncia de la Suprema Magistratura, la organización del Gobierno provisional, y las propuestas que le tocaba hacer, según la Constitución,

para la Vicepresidencia de la República. Inmediatamente después se encaminó á su patria, tocando de paso en el Callao, para ofrecer al Gobierno de Lima su mediación particular en el arreglo de las diferencias que daban origen á la guerra encendida entonces entre el Perú y Colombia. Recibida con frialdad y aún con desdén esta oferta generosa, abandonó Sucre las costas peruanas, y llegó á Guayaquil el 17 de setiembre, después de seis años de ausencia y de servicios, por resultado de los cuales quedó libre el Perú, constituida Bolivia y terminada la guerra de la Independencia americana."

XXXVI

"Motivos cuya especificación sería inútil repetir en este lugar, habían agriado los ánimos entre Colombia y el Perú hasta el punto de declararse la guerra y comenzar las hostilidades, desatendiendo cuantas negociaciones de acomodamiento se iniciaron varias veces. Las tristes nuevas, tristes porque era esa una guerra entre hermanos, llegaron á Quito estando ya en su casa el Gran Mariscal, convaleciente aun del balazo recibido en Chuquisaca; y dirigiéndose al Ministerio y al Comandante en Jefe del ejército del Sur les dijo el 14 de noviembre: "He " oído rumores de que las provincias del Sur de Co- " lombia sufrirán dentro de breve la invasión de " tropas enemigas. Sin datos para juzgar sobre la " verdad de estas voces, me anticipo á rogar á US. " que si la tierra de Colombia fuere pisada por al- " gún enemigo y se dispusiere una batalla, se digne " US. participármelo, ó hacerme alguna ligera indi- " cación. Cualquiera que sea el estado de mi salud " volaré al ejército, y en el puésto que se me señale " participaré con mis antiguos compañeros de sus " peligros y de la victoria."

"Los rumores de que habla Sucre se confirmaron con hechos: el 22 de noviembre se presentó frente á Guayaquil la escuadra peruana: la invasión iba á realizarse. Aceptáronse los servicios del Mariscal para repelerla, encargándole la dirección de aquella campaña, y dándole por segundo al célebre y afortunado Juan José Flores."

XXXVII

Como lo expresan Baralt y Díaz en el RESUMEN DE LA HISTORIA DE VENEZUELA, que es lo exacto, tratando de aquella guerra de invasión peruana, constará siempre que el Gobierno de Colombia, que el Libertador y el General Sucre, obraron como en tales casos obran en pueblos civilizados, los gobiernos, los guardianes de la ley y los defensores de los fueros y derechos de la patria.

Colombia nunca quiso remitir á las armas la solución de las diferencias, no diremos diferencias con el Perú, que el pueblo peruano pensó con buen sentido, diremos sí las diferencias inventadas por Lamar y algunos otros gobernantes ó caudillos peruanos para apoderarse, al fin de una contienda, de lo que no correspondía sino á Colombia.

"La intervención armada del Perú en los negocios de Bolivia no fué el único ni el más grave de los motivos que tuvo el Libertador para declarar la guerra. Quejábase también de que el gobierno de Lima había promovido la rebelión de Bustamante y encargado á éste la sacrílega misión de despedazar la patria con el intento de arrebatarle sus tres departamentos meridionales. Echábale en rostro haber reducido á prisión á un Ministro diplomático de Colombia por sus enérgicas reclamaciones contra su conducta en aquel suceso, expulsándole al fin con escándalo y violencia. También le increpaba por haber acogido después del restablecimiento del orden en los departamentos del Sur, á los traidores que llevaron á ellos la guerra, expulsando del Perú á los colombianos que no quisieron tomar parte en aquellos sucesos. La retención de las provincias de Jaén y Mainas era el fundamento de otra de las reconvenciones que hacía Bolívar al Gobierno de Lima, lo mismo que el haber pretendido adormecer la vigilancia de Colombia enviándole un Ministro diplomático que anunciaba como autorizado para contestar los cargos que la voz pública le hacía, y que al momento de tratar resultó sin poderes ni instrucciones para con-

cluir cosa alguna. Por el contrario, en la conducta personal de ese Ministro creyó Bolívar descubrir intención premeditada de complicar los negocios y hacer más difícil un amistoso arreglo; pues no solamente se negó á convenir en la liquidación de lo que adeudaba su Gobierno al de Colombia, por los auxilios que éste le había prestado en la guerra de la independencia, y que desconoció el tratado en que se estipulaba el reemplazo numérico de las bajas que sufriesen los cuerpos auxiliares colombianos, sino que en estilo destemplado y altanero pidió satisfacciones en vez de darlas, propasándose luégo, y con descaro, á provocar la sedición en el seno mismo de la República. Todos estos motivos de queja reunidos al rompimiento de las hostilidades por parte del Perú, cuando se hallaban aún pendientes las negociaciones con su Enviado, sirvieron de apoyo á Bolívar para determinarse á declararle la guerra, anunciando al Ejército, en ploclama de 30 (3) de julio, que su presencia en el Sur de Colombia sería la señal del combate entre ambos pueblos."

XXXVIII

La guerra era inevitable. Fué una guerra de invasión peruana, de invasión injustificable, temeraria.

A principios del año de 1829 perdía la República de Colombia á Guayaquil, y Lamar ocupó la provincia de Loja con 4.500 soldados invasores reunidos luégo á 3.000 que conducía Gamarra al propio objeto; mientras que Sucre revistaba en Cuenca 3.000 infantes y 800 caballos.

No excusó el Jefe colombiano los pasos conducentes á un avenimiento digno para ambas partes y que evitase el derramamiento de sangre americana y terminase el escándnlo ante el mundo; pero el peruano andaba errado aspirando á lo que la honra y el valor del colombiano no podían avenirse. Por último, el 12 de febrero, aunque no de grado, aceptó Sucre librarlo todo á la suerte de las armas.

XXXIX

Cubramos con denso velo el proceder pérfido y vergonzoso, dicen los documentos, del General perua-

no en momentos que el colombiano estaba fiado en el respeto que se debía á la circunstancia de *haber negociaciones pendientes;* y diremos solamente que el 26 de febrero Sucre sentó su campo en Tarquí, teniendo al enemigo reconcentrado y presto en San Fernando, de donde avanzó á posesionarse del Portete lugar naturalmente fortificado y en varios puntos inexpugnable.

Allí se trabó combate y "*el Ejército peruano de 8.000 soldados, que invadió la tierra de sus libertadores, fué vencido por 4.000 bravos de Colombia el 27 de febrero de 1829*": el vencedor mostró en esta jornada más generosidad que la que tuvo con los españoles en la de Ayacucho. Sucre no vió en Tarquí peruanos invasores sino hermanos vencidos; vencidos no tanto por el valor colombiano como por la fuerza de la justicia y el derecho de las naciones.

XL

No terminó por completo la guerra de invasión peruana en el Sur de Colombia, con el tratado de Girón de 28 de febrero de 1829, en que Sucre se manejó con más clemencia y política aún que en el de Ayacucho. No terminó aquella injusta guerra, como debía suceder, con ese tratado, porque Lamar hubo de violarlo cuando se encontró fuera del alcance de la espada del vencedor en Tarquí. Fué á virtud y como resultado de la deposición de aquel de la Presidencia del Perú y de su deportación á Costa-Rica, en junio del mismo año, que Bolívar la vió terminada porque la Administración que sostituyó á la de Lamar y el partido que le contrariaba, veían en la política de guerra á Colombia una política *insensata, criminal, y dirigida con designios depravados.*

XLI

"La carrera militar de Sucre terminó en la gloriosa acción del Portete de Tarquí; terminó dejando el nombre del guerrero marcado con los sellos del valor, de la habilidad, y de la clemencia. Esta noble carrera se hizo siempre en los campos de batalla en que no fueron combatidos sino enemigos de la independencia, ó enemigos exteriores que invadieron el territo-

rio que Sucre debía defender. Aquella espada jamás fué desenvainada para trastornar Gobiernos bien ó mal establecidos: jamás para defender quiméricos proyectos; jamás para sostener guerras civiles, ni hacer correr la sangre de los conciudadanos. ¡Cuán pocos Generales americanos han dejado en sus hechos, documentos tan solemnes para que la historia les presente como modelos del ciudadano armado en servicio y beneficio de su patria!"

XLII

"El Libertador había convocado el Congreso Constituyente de Colombia, que se reunió el 20 de enero de 1830 en Bogotá, y Sucre fué nombrado, entre otros, Diputado por el Ecuador, (por Cumaná) en donde se hallaba establecido y casado con una quiteña.".......

Los últimos servicios que este hombre notable prestó á la Gran Colombia, fueron en el seno y en comisión especial de esta Asamblea de que fué Presidente..

....

XLVII

A los 35 años de edad, el 4 de junio de 1830, terminó su interesante vida el Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, inmaculado patriota, leal amigo de Bolívar..................................

....

XLVIII

Estaba el Libertador en el camino del destierro ó de la muerte cuando recibió la noticia de la infame alevosía de Berruecos; y lleno de dolor escribió al General Juan José Flores el párrafo siguiente:

"Esta noticia me ha causado tal sensación que me ha turbado verdaderamente el espíritu, hasta el punto de juzgar que es imposible vivir en un país donde se asesina cruel y bárbaramente á los más ilustres Generales, cuyo mérito ha producido la libertad de la América."

XLIX

Ese gran crimen hizo que el guerrero que con su espada terminó la lucha que dió la libertad á un Continente, el segundo Capitán de Hispano-América, el ciudadano inmaculado, muriese en una oscura montaña y que debiese su sepultura en un pequeño prado á la fidelidad y compañía de un humilde asistente.

Años después la familia del Mariscal de Ayacucho llevó á Quito los restos de éste que fueron depositados en la Iglesia de San Francisco de aquella capital.

El Gobierno de la República Boliviana solicitó del de la del Ecuador en 1845, que le permitiese llevar á Bolivia las cenizas venerandas de su "libertador y primer Magistrado;" demanda que aplaudió el Gabinete de Quito en 30 de diciembre del propio año; pero que negó, fundándose en que para el pueblo ecuatoriano no era honroso ni digno desprenderse de las venerandas reliquias del insigne guerrero á quien debe en gran parte su libertad é independencia y que eligió su suelo por su patria.

A su vez el Gobierno venezolano, en setiembre de 1875, por una misión especial, pidió al del Ecuador los preciosos despojos de la ilustre víctima de Berruecos, uno de sus más distinguidos hijos cuya pérdida todavía llora. Los pidió para colocarlos con los del Padre de la patria y de otros ilustres Próceres, en el Panteón Nacional, monumento levantado por la gratitud pública.

Sin negar el Gabinete de Quito la justa solicitud del de Caracas, no pudo dejarla satisfecha á su pesar; y sin embargo, el pueblo venezolano abriga aún la agradable esperanza de que podrá poseer las preciosas cenizas del ilustre hijo de Cumaná, el Gran Mariscal de Ayacucho.

Caracas, 1877.

APOTEOSIS DE SUCRE

A MATEO GUERRA MARCANO

¿Hacia dónde se dirigen esos grupos de guerreros que en las alturas de Titicaca, parece que van á encontrarse? ¿Quiénes son esos dos hombres que al frente de sus comitivas, y después de largos años de combates se pasean á orillas del Desaguadero, como nuncios de paz después de la victoria? Hace poco que cada uno, al frente de sus legiones, disputaba el declive, el valle, la llanura, la altura inaccesible, y parecía el sultán del fuego en medio del incendio? ¿Son acaso los antiguos conquistadores del Continente, los héroes de la leyenda castellana, invencibles y atrevidos, gigantes de la edad moderna, rivales de los viejos escaladores del Olimpo, que aparecen sobre el dorso de las montañas; ó son por ventura, los genios tutelares de América, quienes después de plantar sobre las torres de las ciudades indígenas el gorro frigio, van en solicitud de la Pitonisa de los Andes, para colocar al pié de ésta los laureles segados en los campos de la victoria?

Nada se escucha, y tan sólo el ruido de las herraduras resuena sobre el suelo rocalloso, en tanto que las comitivas siguen en silencio la dirección de sus Jefes. Brillan á la luz del día las lanzas de los guías, del hombro de los cazadores pende el clarín de guerra, y guardadas están las espadas. Ya se apagaron las fogatas del extenso campo de batalla, y espirales de humo, acá y allá, son los restos de los pasados incendios. Atrás están los ejércitos acampados en las llanuras y en las ciudades, como carava-

nas que reposan después de prolongado viaje; y se relatan las historias de la noche tempestuosa cuando los remolinos del viento y las trombas del desierto envolviendo á ginetes y caballos, fueron testigos del terrible choque. Ni las campanas de los pueblos tocan á rebato, ni las montañas repercuten la tronada del cañón, ni se escuchan ya los ayes de los vencidos y los gritos de los vencedores. Todo está en silencio, y sólo el ruido de los caballos anuncia el paso de los vencedores, en tanto que sobre las altas cimas flamea el pabellón tricolor.

Esto pasaba ayer, 1824, y han corrido sin embargo cincuenta años. Esto pasaba ayer, cuando las legiones de Venezuela, victoriosas en las llanuras y orillas del mar, quisieron escalar las montañas en solicitud de las ciudades andinas. Esto pasaba ayer, cuando los héroes de Esparta, galopando, subieron los declives, y enrojeciendo la nieve con sangre americana, treparon, entre el fuego y la muerte, para arrancar de las elevadas almenas el estandarte de Pizarro. Fué necesario principiar, y Caracas lanzó en 1810, el primer grito de la magna revolución: fué necesario luchar, y á orillas del Orinoco tronó el primer cañón en 1811: fué necesario emanciparse, y el Congreso de Venezuela, en el mismo año, fué el primero de América que lanzó el guante: fué necesario un genio, y apareció Bolívar: fué necesario batallar en las llanuras y en las ciudades, y á orillas de los ríos, y de los lagos, y de los mares; luchar contra España y contra el pueblo de Venezuela, y contra el hambre y la intemperie y la muerte, y las derrotas se convirtieron en victorias: fué necesario tramontar el Ande, y el Ande recibió á los vencedores en Bonza, Vargas y Boyacá: fué necesario retroceder para cubrir la retaguardia, y el cañón de Carabobo resonó en las soledades del Atlántico: fué necesario seguir, y los volcanes del Ecuador se coronaron con la faja de iris, al paso de los vencedores: fué necesario concluir, y Quito, Lima, Callao, Potosí y Cuzco abrieron sus puertas, y brilló la estrella de Junín, y la de Ayacucho, y fueron tomadas todas las ciudades; y siguiendo las legiones victoriosas las huellas de Pizarro y de Almagro, saludaron en el Templo del Sol, al Sol de la Independencia americana.

Han pasado cincuenta años desde que terminó el drama, y ya todos los actores están en la tumba. Desaparecieron unos, bajo la cuchilla española, y otros, al golpe del puñal americano. La suerte de la guerra dejó á muchos en el campo de batalla; mientras las miserias, y el desengaño, fueron para otros los arreos de su vejez. Para muchos el naufragio, el ostracismo y la muerte en suelo extranjero. Los más, resignados y humildes en la noche del infortunio; los menos, indiferentes á la historia de lo pasado. Afortunados los primeros que entraron en la tumba, estos primogénitos de la gloria que no fueron testigos ni compañeros de los ancianos desvalidos en los días del desengaño.

Pero, ¿quiénes son estos dos guerreros que en la gran meseta de los Andes se solicitan? Ambos visten con las galas del triunfo: el uno tiene pantalones de color grana y dormán azul, el otro viste de verde. El uno es de cuerpo pequeño, enjuto de carnes, frente espaciosa, mirada de águila: el otro es de estatura regular, bien formado, rostro apacible y mirada expresiva, velada por unos párpados que se recogen como queriendo evitar el estímulo de la luz: ambos de nariz aguileña, rostro tostado por el calor de los trópicos y las fatigas de la guerra, pómulos pronunciados, palabra fácil, dón de mando.

De repente las dos comitivas se han divisado, y los ginetes clavando sus espuelas sobre los hijares de sus caballos corren á su encuentro. Los dos Jefes se abrazan, permanecen mudos por largo rato, después se hablan se felicitan y se victorean. ¿Qué se han dicho? La historia no nos ha trasmitido los pormenores íntimos de esta conferencia expansiva y sublime; pero nosotros conservamos las elocuentes frases del vencedor.

Esos dos hombres que se fundían en un ósculo y se enternecieron al abrazarse, eran, el hombre de Junín y el hombre de Ayacucho; Bolívar y Sucre.

Cuando el Libertador, lleno de efusión fraternal, estrecha contra su pecho al vencedor en Ayacucho, y le felicita y le enaltece, parece que había hallado el complemento de su gloria, su gloria misma personificada en el más célebre de sus Tenientes.

¿Qué contesta Sucre á los elogios del Libertador? Levantándose sobre los estribos le victorea y le dice: "*El Libertador no estuvo en Ayacucho; pero sí estuvo en el corazón de los que allí combatimos; y cuando la victoria parecía huir de nuestras filas, invocamos su nombre, y ella coronó nuestros esfuerzos.*"

He aquí cómo se confunden dos hombres ilustres. Despojarse de una gloria que le pertenece para realzar con élla el brillo de su Jefe; cambiar el laurel de los honores por la violeta de la modestia, tal fué el pensamiento del generoso mancebo! Esta figura pertenece á los tiempos antiguos; tiene el perfil romano y la estética griega: es uno de los héroes de Plutarco.

Estos dos hombres en las alturas del Desaguadero, representaban la gloria americana en su más completa síntesis: ambos se servían de complemento. Habían llegado á la cima física de la cual no podían pasar, y también á la altura histórica de la cual debían descender. Igual destino les aguardaba: ambos debían ser víctimas de las pasiones y del puñal fratricida. Más afortunado que Sucre, Bolívar se escapa, en dos ocasiones, en Jamaica y en los Toros, de la cuchilla española, y se salva igualmente en la noche del 25 de setiembre del puñal colombiano. Le aguardaban la agonía lenta, la tortura del cuerpo y del espíritu, la onda del huracán que iba á envolverlo y arrojarlo á la playa solitaria. Más desgraciado Sucre, se salva de la herida de Chuquisaca, causada por la mano americana; pero fué porque le aguardaban los espectros de Berruecos, en acechanza tras los ennegrecidos troncos de la montaña.

Ambos desaparecieron seis años después de la entrevista de que acabamos de hablar, en 1830.

Estos dos hombres que se habían levantado su apoteósis en vida, en Boyacá, Carabobo, Pichincha, Bomboná, Junín, Ayacucho y Bolivia, debían descender á oscuras las gradas del sepulcro. Más allá de éste es donde se halla la luz de la justicia; por eso toda gloria que desaparece en el torbellino de las pasiones, la reivindica, la realza, la resucita la misma muerte, esta vengadora de todas las injusticias y rehabilitadora de todos los méritos.

A los doce años de silencio aparece Bolívar, en 1842. No se han cumplido todavía cincuenta de su muerte, y ya su estatua está á las orillas del Orinoco, del Atlántico, del Pacífico, y sobre los Andes. Entretanto, Sucre ha dormido tranquilo el sueño del olvido. Ni un decreto, ni un recuerdo, ni una estatua en Colombia, en tan prolongado espacio de tiempo. Estaba escrito que, el que había sellado con su genio la paz del Continente, el que había llegado con sus fuerzas á la cumbre de los honores, y dejado su nombre ileso, debía desaparecer, no bajo el peso de las fatigas ni de la gloria que abruman á la naturaleza física, sino bajo la bala fratricida que, en la noche del crimen, solicita á su víctima y la derriba. Pero también estaba escrito, que de esta noble figura, cuyos méritos llenan la historia del Continente, y tan admirada por todas partes, no quedarían ni sus restos mortales, que son para las naciones civilizadas el recuerdo perenne que ellas guardan con orgullo.

Para estos hombres que desaparecen por el exceso de su virtud, no hay cruz que señale el lugar de su descanso, ni fosa que los guarde, ni inscripción que los recuerde á las generaciones futuras. Todo enmudece ante el cuerpo de la víctima de una idea política ó religiosa, de una venganza innoble, ó de una envidia fratricida. Y gracias al corazón caritativo que haya amortajado su cuerpo y lo esconda de las miradas humanas y lo entregue al tiempo.

Así había desaparecido Sucre de la memoria de los Gobiernos y pueblos de América, y así han desaparecido sus restos mortales, confundidos, pulverizados, sin dejar una sola memoria, ni en los anales de la familia, ni en la historia de América. Los reclamó Venezuela, la primera en hacer justicia á los hombres de la revolución; quizo colocarlos al pié del túmulo que guarda los del Gran Bolívar; invitó á los pueblos á contribuir con su entusiasmo á la apoteósis del Héroe y no encontró de éste ni el polvo! Habían ya entrado en la ley de las metamorfosis; se habían convertido en tierra; había desaparecido por completo el hombre físico, cuando era reclamado el hombre histórico.

¿A quién culpar? ¿Y qué necesidad tenemos de culpar á nadie, si la censura no contribuye en nada

á la gloria de la víctima? ¿Qué importan á la generación actual, los extravíos, la ingratitud y aun la condescendencia criminal, si cada época tiene su carácter, sus tendencias y sus fines? ¿Para qué traer ante la justicia humana, á Gobiernos y á sociedades culpantes que ya han desaparecido, y llevaron al sepulcro la reprobación de sus hechos? Lo pasado que está todavía cubierto por las sombras del crimen, no debe entoldar con sus fantasmas las claridades del reconocimiento.

La desaparición de las cenizas de Sucre, ignoradas, confundidas quizá con las de sus victimarios, está en armonía con la muerte que le cupo. ¿Para qué volver á la luz ese brazo fracturado por la bala de Chuquisaca? ¿Para qué presentar ese cráneo donde se albergó la bala de Berruecos? ¿Acaso Abel podría levantarse en presencia del instrumento de Caín? Esos restos están ya en la noche eterna; pertenecen, no á los pueblos, sino al tiempo y al espacio. Removerlos sería abrir de nuevo la herida mortal cicatrizada por la muerte. Podrían hablar, y brotar sangre, y lanzar gritos de maldición contra América; podrían enardecerse y arrojar llamas de venganza que irían, con la velocidad del rayo, á desmoronar tumbas ya cerradas, y sobre las cuales han fallado Dios y la justicia humana. Sí; paz para esos sepulcros, y perdón para los criminales que han desaparecido: fueron americanos, y están juzgados.

No habrá para Sucre bajel que lo conduzca en triunfo de uno á otro mar, ni séquito que lo acompañe, ni playa que lo reciba, ni lo saludará el cañón, ni las banderas de América manifestarán á media asta el duelo nacional. No habrá para el vencedor, ni oriflamas, ni pendones enlutados, ni tañidos de campanas, ni marchas fúnebres, ni Panteón que lo reciba. Si la apoteosis del hombre consiste en conducir con pompa sus restos mortales al templo de la gloria, Sucre no tiene apoteosis. Sus restos los confundió el tiempo para sepultarlos en el océano del olvido; pero ahí están los Andes que le pertenecen: el pedestal de su estatua es el Pichincha.

Cuando el Ilustre Presidente de Venezuela envió al General Guerra Marcano á reclamar amistosamente del Ecuador las cenizas del vencedor en Ayacucho,

las naciones limítrofes al saberlo, se prepararon á contribuir á una ceremonia que debía tener un carácter americano. Este propósito ha fracasado en la forma, pero no en la idea: el hombre histórico no ha muerto. Sucre al desaparecer como materia se ha agigantado en gloria. Su gran figura sobre las alturas de Titicaca está fija y radiante. Conquistó la altura, y la altura le pertenece. El lugar de la cuna no tiene privilegio cuando la gloria ha sido múltiple. Como Bolívar, Sucre, hijo también de Venezuela, pertenece á la América, y es deber y honra de América hacer su apoteosis.

¿Cómo, de qué manera? Con el arte, no el arte que cincela la estatua que sufre con el tiempo, y que es única; sino el arte que con el buril del genio é inspirado por las Musas del canto y de la historia, inmortaliza á los hombres preclaros. LA APOTEOSIS DE SUCRE, así debe llamarse el libro á cuya elaboración contribuyan con sus historiadores y poetas, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y la República Argentina. Esta obra americana, producción intelectual de nuestros hombres de letras, sería la más bella ofrenda que podría ofrecerse al varón insigne cuya memoria tiene que ser imperecedera. En esta obra deben atesorarse no sólo las contribuciones de cada pueblo en honra del héroe, sino también todos los documentos oficiales, dicursos, manifiestos, proclamas, correspondencia etc., etc., del Mariscal Sucre. Esta obra sería única en su género y llevaría un carácter de justicia, que haría olvidar el silencio que por tantos años ha pesado sobre la tumba del predilecto de Bolívar.

Las Musas de la historia y del canto, hermanadas en honra de Sucre, tal es el pensamiento que anima al Gobierno y al pueblo de Venezuela. Tres ó más escritores nombrados por cada Gobierno bajo la iniciativa del de Venezuela, formarían el cortejo que conduciría al hombre célebre al Panteón de la historia, no con los arreos de la muerte, sino con las galas del triunfo; no con las pompas de la materia, sino con las claridades del espíritu.

Tenemos tiempo; ahí está el 9 de diciembre, aniversario de Ayacucho. Celebremos este día ame-

ricano con las pompas de nuestro ingenio. Los grandes infortunios exigen reparación general; y la gloria velada por la sombra del olvido reaparece imponente el día de la justicia. La lobreguez de Berruecos ha desaparecido desde el momento en que se sepultó en los antros de la montaña el último de los espectros. Ayacucho será siempre la síntesis de un libro inmortal.

Sucre va á entrar por la puerta del Panteón, sin heridas, sin sangre, sin odios, sin venganzas, incorpóreo, justiciero, radiante. Los muertos no poseen la memoria del mal sino de la virtud. Levantarse de la tumba para recibir la corona del triunfo, es resucitar á los días del deber cumplido. Sucre no ha muerto todavía,—aguarda.

Caracas: 5 de abril de 1876.

ARÍSTIDES ROJAS.



EL ANIVERSARIO DE AYACUCHO

EL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

9 DE DICIEMBRE DE 1824--9 DE DICIEMBRE DE 1888

¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!
Campo serás de gloria y de venganza..
OLMEDO.

En nuestro cielo *el Sol*, tras larga lucha,
Del nueve de diciembre se levanta
Y el Universo escucha
La voz de libres, que victoria canta.
En la diestra de Sucre al viento ondea
Al cabo erguida la bandera santa
Triunfante de Ayacucho en la pelea..
R. J. BUSTAMANTE.

De Bolívar y Sucre la memoria
Vivirá en los anales de la gloria.
FERNÁNDEZ MADRID.

I

. . . .

Desde 1797, en que dos esclarecidos patriotas, Gual y España, iniciaban heroicamente en Venezuela la guerra á la Metrópoli, hasta 1824 en que colombianos y argentinos—los grandes batalladores de la revolución—sellaron con su sangre la independencia americana; durante un cuarto de siglo, nuestros antepasados vivieron únicamente la vida de los combates en tierra, en el mar y en todas partes, en medio de una atmósfera de fuego, sangre y destrucción.

Por consiguiente, los aniversarios podrían ser entre nosotros de todos los días, porque no hay un solo día que no cuente un triunfo, un revés ó un sacrificio, en ese largo, penoso y sangriento itinerario que comienza al Norte en el Diamante de Apure, los Taguanes, Queseras del Medio, Calabozo, Carabobo, Boyacá, Bomboná y Pichincha; continúa en el Sur por Chacabuco y Maipo, y concluye al fin en las sierras peruanas, en Junín y Ayacucho.

Sobre doscientos mil cadáveres levantó Venezuela su bandera victoriosa, al decir de uno de sus

historiadores. ¿Sobre cuántos levantaron la suya, cada uno de los otros Estados que surgieron á orillas del Plata, en el Pacífico y en Méjico?....Mejor que decirlo, será recordarle una vez más á la actual generación, para que no lo olvide nunca, el acto más grande, más trascendental y más definitivo de la guerra de independencia americana: la batalla de Ayacucho.

Por supuesto, que no creemos que haya sido olvidada esta gloriosísima página de nuestra historia, aun cuando estamos á sesenta y cuatro años de distancia de aquella radiante mañana del 9 de diciembre de 1824.

Juzgando por lo que á nosotros nos pasa, *Ayacucho* debe estar presente, vivo y palpitante en la memoria de todos nuestros compatriotas de la América.

Viejos, jóvenes ó niños, ¿quién no se conmueve al evocar las glorias de nuestra gran epopeya; qué corazón no rebosa de agradecimiento por la obra redentora de nuestros próceres; cuál es el americano que no pronuncia con admiración los nombres de Miranda, de Bolívar, de San Martín, de Sucre, de Páez, de Necochea, de Lamar, de Salóm, de Santander, de Padilla, de Piar, de Córdova, y de todos los insignes Capitanes de la guerra magna?

Aquí en la República Argentina, de cuyo seno salieron en 1810 ideas, héroes y recursos para auxiliar á sus hermanos de la América, estos sentimientos no se han extinguido ni entibiado siquiera, y hemos visto que ha conmemorado con gran solemnidad el centenario del vencedor en Chacabuco y Maipo, y se adhería con júbilo fraternal á las fiestas que con igual motivo celebró Venezuela por el Libertador de Colombia.

Cualesquiera que sean, pues, las vicisitudes de orden interno, porque hayan pasado, pasen ó puedan pasar en el porvenir las repúblicas Sud-americanas, hay un hecho fundamental que debemos reconocer en honor de ellas, de sus fundadores y de sus descendientes: el sostenimiento de la República, como principio, forma y base del gobierno de los pueblos.

Si las turbulencias de los tiempos nos han apartado momentáneamente de los ideales que entreveían

para la América los que lidiaron por su independencia, quédenos al menos la satisfacción de no haber atentado contra la herencia *republicana* que recibimos de nuestros libertadores, en cuyas tumbas, diseminadas por toda la América, debemos ir á inspirarnos cuando peligren la soberanía, la libertad ó las instituciones.

Ahora, vamos á recordar esa jornada heroica que aseguró la independencia del Perú, la paz de la América y cubrió de inmarcesible gloria á los vencedores.
Saludemos, antes, las sombras de los que ya no existen, y enviemos una respetuosa felicitación á los que tienen la fortuna de vivir aún y cerciorarse de que el laurel que los corona, no se marchita nunca y más bien reverdece con las dichas de la patria.

II

Desde el parte oficial de la batalla, hasta el último artículo de diario, de biografía ó de historia que se haya escrito, referente á Ayacucho, casi todo lo hemos leído, hojeado ó visto.

Pero, de todo ese inmenso material, nada nos ha satisfecho tanto como unas *Memorias* publicadas en Bogotá por el Coronel Manuel Antonio López, colombiano, ayudante que fué del Estado Mayor General libertador, testigo ocular, actor en el combate y su cronista después..............................

....

Dejemos, pues, la palabra á este patriota, á este veterano, á este hombre honrado que nos va á referir hazañas dignas de los héroes de la antigüedad, con el lenguaje sencillo del soldado, sin pretensiones y con esa triple autoridad de quien dice: *yo lo ví, yo lo oí, allí estuve.*

He aquí los extractos que hacemos de esas *Memorias*, en lo que es pertinente á nuestro objeto:

"......El cielo de las cordilleras, que felizmente nos fué sereno desde el Apurimac en toda la retirada, el 9 de diciembre desplegó entero su lujo de trasparencia y esplendor. Era una de esas mañanas frías, pero tónicas, en que el aire es éter puro, que acorta las distancias y eleva y sumerge la tierra

en el flotante azul del firmamento; cuando uno se siente como con alas, y todo se muestra tan bello que hasta la guerra pierde su horror y la muerte su melancolía. El drama que se iba á representar parecía preparado por la mano maestra de Dios, solemne y religioso en su designio, fascinador en su espanto y vivificante en sus mismos estragos; y todos nos sentíamos allí como de orden divina y que nada de lo que iba á pasar sería casual ni insignificante. Jugábase nada menos que un mundo.

Alzado ya el sol á nuestro frente por sobre la majestuosa cima del Condorcanqui, el escenario nadaba en luz y tenía aire de retocado para la fiesta.

......El terreno fué sabiamente escogido por los Generales Sucre y Lamar, para quedar inflanqueables por la izquierda, merced á la gran cañada, y seguros de no ser envueltos por la derecha á favor del escarpe al Sur del Condorcanqui. Al frente no podría el Virrey Laserna desplegar ni una división de sus nueve ó diez mil soldados; el arroyuelo á la izquierda nos facilitaba algo la resistencia, sin dejarles tampoco espacio (si lo ocupaban) entre nuestra línea de tiradores y la cañada, para desplegarse en batalla ni obrar de otro modo que en masa, desaprovechando también su número; y como á la diestra y á la espalda, el suelo quebraba de pronto, para caer suavemente á los caminos del Cuzco, Huamanga y Quinúa, allí nuestros lanceros aguardarían su hora, abrigados con la lujosa artillería peninsular.

......El General en Jefe, Antonio José de Sucre, dispuso nuestras fuerzas en 3 divisiones, así: la primera división compuesta de los batallones *Bogotá*, *Voltíjeros*, *Pichincha* y *Caracas*, al mando del General de vanguardia José María Córdova, sumando 2.300 colombianos; la segunda división á las órdenes del Mariscal José de Lamar, formada por los batallones 1º, 2º y 3º, *Legión Peruana* y regimiento de *Húsares de Junín*, sumando 1.200 hombres; la tercera división de reserva, compuesta de los batallones *Rifles*, *Vencedor* y *Vargas*, sumando 1.800 plazas, al mando del General Jacinto Lara, respaldada por el regimiento de *Húsares de Colombia*. La artillería constaba de una sola pieza de montaña de á cuatro. Era Comandante General de las caballerías del ejército

Unido, el General Guillermo Miller y Jefe de Estado Mayor General, el General Agustín Gamarra. Total de fuerzas, 5.780 hombres.

......El ejército realista tenía un total efectivo de 9.310 hombres, mandado por el Virrey Laserna. El General Jerónimo Valdez era Jefe de vanguardia, con la tercera división; el General Alejandro González Villalobos mandaba la segunda división; el General Juan Antonio Monet regía el centro con la primera división; la reserva estaba mandada por el General José Carratalá. Era Comandante General de las caballerías, el General Valentín Ferraz; la artillería, compuesta de 16 piezas, mandada por el Brigadier Cacho; Jefe de Estado Mayor General, el General José Canterac.

......Nosotros (los patriotas) ebrios de libertad y de Bolívar, anhelábamos atacar y vencer á los españoles. Ellos estaban seguros de aniquilarnos, envanecidos con lo que llamaban catorce años de triunfos, desde Huaqui hasta Intermedios.

......Despertado cada hombre, en su puésto de batalla, al són de las cajas y cornetas de más de 40 dianas que vibraban gratamente revueltas, porque aquel anfiteatro nos permitía escucharlas todas á un tiempo, uno y otro campo nos buscamos con los ojos y nos saludamos con cortesía de soldados y adversarios. Pronto vino el sol á desentumirnos deliciosamente el cuerpo, casi insensible por el frío de la noche, y rompió la música á desentumirnos el alma y soltarle todas sus alas á nuestros sentimientos. En competencia unas con otras, nuestras bandas, habían venido durante la campaña, trasladándonos en espíritu á nuestros hogares y pueblos, y volviéndonos con encanto á las querencias de la memoria del soldado; pero, en la sublime espectación de esa mañana, el tumulto de sus golpes de armonía fué para nosotros licor de gloria (ni había otro con que embriagarnos,) y sentíamos que fundían el corazón de 6.000 hombres en uno, ardiente y grande como la América.

......A las 8 de la mañana el General Monet, bajó á la línea patriota, llamó á Córdova, amigo suyo, y le manifestó que habiendo en el campo español varios jefes y oficiales que tenían hermanos, pa-

rientes y amigos en el republicano, deseaba saber si podrían verse antes de la batalla. El General Córdova, contestó que no habría inconveniente si el General en Jefe daba permiso. Accediendo éste, la entrevista tuvo lugar y conmovió mucho á los circunstantes. Mientras tanto, el General Monet preguntó á Córdova si no sería posible un advenimiento, enunciando varias fórmulas de transación. Córdova cerró el diálogo así: *La opinión del Perú, General, es la de todo el mundo, en que cada cual quiere mandar en su casa, y en cuanto á la decisión por las armas, ciertamente ustedes tienen más tropas y mejor posición que nosotros, pero no soldados iguales á los nuestros, como lo verá usted en la hora del combate.* El General Monet, confesó despues de la batalla que Córdova tenía razón.

......Después de la entrevista almorzó el ejército. El uniforme de nuestras tropas era muy inferior al de los españoles, lo mismo el de los Jefes y Oficiales. En el campo español relumbraban galones, charreteras y toda clase de entorchados. A las diez y media, el General Sucre, montado en un caballo castaño oscuro y seguido de sus ayudantes, recorrió las líneas, dirigiendo á cada cuerpo una preciosa arenga. Al llegar frente al mío (el *Vencedor*), tocados por su presencia, como por una corriente eléctrica, echamos armas al hombro, nos saluda y dice: "*De los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur,*" y señalando las columnas españolas que descendían, añadió: *Otro día de gloria va á coronar nuestra admirable constancia.*

......A las once menos cinco, se rompió el fuego en la línea general de tiradores, extendiéndose inmediatamente en los dos campos é interesando á todas las fuerzas. Artillería, infantería y caballería, todos peleaban. Sucre, atento á los menores detalles, ordenó á Córdova cargara de preferencia el centro enemigo, porque allí estaba la victoria. Córdova se desmontó de su caballo, y desnudando la espada, lo mató. "*Soldados*, les dijo gallardamente, *yo no quiero medios para escapar, y sólo conservo mi espada para vencer. División! Armas á discreción, de frente, paso de vencedores!*" Imposible imaginar la belleza de ese General de veinticinco años, en ese instante sublime. Lamar hacía prodigios, multiplicándose en todas

partes. Silva, Miller, Gamarra, Lara, todos se emulaban en valor, disciplina y actividad. Lo más corto de la batalla, fué la batalla misma, ni entre resueltas y disciplinadas huestes podía tardar un resultado decisivo. Heroísmos de toda clase se presenciaron. Un sargento del batallón *Voltíjeros*, Manuel Pontón, natural de Bogotá, asaltó el primero uno de los cañones diciendo con un grito á sus compañeros: *Este es mío, sírvanme de testigos.*

......Por su parte, el Virrey, atendía á todo, á caballo y á pie. Valdez, Monet y Canterac, dirigían hábilmente sus fuerzas. Media hora á lo sumo, después de trabado el combate por masas, la palma era nuestra. El Virrey y todos sus Jefes, oficiales y tropas prisioneros. Los realistas tuvieron 1.800 muertos y 700 heridos. Los patriotas, 500 muertos y 609 heridos. Los episodios fueron numerosísimos: los soldados patriotas que tomaron prisionero al Virrey no lo conocieron, y algunos le digeron al verle: "Padre capellán, échenos la bendición." Un sargento de índole dura, le preguntó: "¿quién es usted?" y al oír "soy el Virrey," le descargó un sablazo hiriéndole en la cabeza y la mano. Lo habría ultimado, sin la interposición del sargento Pontón. Ese mismo día, por la tarde, el sargento Carreño, del *Pichincha*, cocinaba un bodrio de cerdo en la vajilla de plata del General Canterac!

......Decir cual fué la conducta del General Sucre en ese día inolvidable, es imposible. Su pericia, su valor y su generosidad superan á todo elogio. Los historiadores españoles Torrente y García Camba, no pueden menos que reconocerlo. Véase también esta carta íntima de Sucre, dirigida al General Carlos Soublette, que después fué Presidente de Venezuela, relatándole en el seno de la amistad más tierna, la campaña del Perú. En ella discurre Sucre con su habitual modestia, pero el lector comprende que Ayacucho fué un sólido silogismo de lanza y bayoneta, una mole granítica donde á golpes de muerte labró Sucre la América independiente.

"Potosí: á 9 de abril de 1825.

"Mi amado Carlos:

"Tu carta de 18 de agosto en Cartagena la he recibido ayer, y me ha dado el gusto de saber de ti. Desde mucho tiempo tuve la noticia de que te hallabas de Intendente del Magdalena, y aun he recibido cartas del General Escalona desde Caracas, en que me contesta otras que le dirigí y cuyo sóbre iba para el Intendente de Venezuela. Yo anhelo tanto ir á Caracas como si fuera de allí: pero aunque nunca llevaría destino, siempre tendría algún cuidado. En fin, deseo vivir allá, pero lo examinaré mucho, y aun haré mi viaje de paso para ver si es que se puede conseguir reposo y tranquilidad en ese país.

" Supongo que tú sabes ya nuestro triunfo en Ayacucho, el más brillante sin duda que podía jamás esperarse. Un soberbio ejército español fué allí derrotado, pero tan cabalmente como casi no es describible. Diez mil soldados fueron nuestros trofeos. Luégo, hemos tomado prisioneras las diferentes guarniciones que eran 1.700 hombres en el Cuzco, 700 en Arequipa: 600 en Quilca y 480 en Puno. Desde este nuevo punto abrí la nueva campaña sobre las provincias del Alto Perú (que eran del virreinato de Buenos Aires), y en setenta días de marcha hemos dispersado, derrotado y reunido al Ejército Libertador 5.000 hombres que formaban el ejército del General Olañeta; de manera que nuestro triunfo ha sido en cuatro meses, sobre diez y ocho mil hombres que formaban el ejército español del Perú. Yo rompí las operaciones activas el 19 de marzo, desde Oruro, y entré en esta ciudad el 29; habiéndola evacuado Olañeta el 28. El 1º de abril hubo un encuentro de un cuerpo nuestro con Olañeta, y éste salió gravemente herido y murió el 2; sus tropas pidieron en consecuencia entregarse, y la última partida de 900 hombres lo verificó ayer. Ya no queda un solo soldado, en todo el país, armado en defensa de los españoles. La guerra del Perú se ha concluido del todo, y esto ha afianzado la independencia y la paz de la América. Para obtener un resultado tan positivo y ventajoso ha sido necesario marchar constantemente, aprovechando nuestro suceso del 9 de diciembre, y así es que la división que he traído aquí

ha descansado sólo diez y ocho días desde la batalla, y constantemente marchando, ha recorrido un terreno de 330 leguas de extensión que estaba defendido por 8.000 soldados.

"Por esta relación verás que cuando yo te digo que las tropas colombianas en el Perú eran lo mejor que podía darse, no te engañé: 6.000 hombres escasos han derrotado y vencido 18.000; han libertado la República Peruana, y han conquistado la independencia de las provincias del Alto Perú, de donde el año 1809 se dió á la América el grito de independencia. Debe ser orgulloso á Colombia haber traído sus armas en triunfo hasta Potosí.

"Otro servicio muy importante le ha hecho al Perú: Cuando yo recibí sus tropas en el Ejército Unido, constaban de 1.700 hombres, y sobre esta base lo he organizado, después de la batalla; en sólo su ejército del sur que está á mi mando, hay 8.000 hombres que son todos veteranos y muy buenos.

"Desde febrero he escrito al Gobierno á ver si quiere que este ejército vaya á la Habana, puesto que ya no tenemos que hacer aquí. Yo reuniré más de 7.000 soldados buenos, sin contar con lo que ha traído Valero, etc.......si no con sólo lo que yo tenía antes aquí. El ejército cuenta más de 8.000 hombres (es decir el que yo tenía), pero existen muchos enfermos, y sólo cuento disponibles 7.000; ellos protegidos por alguna marina, bastarán, yo creo, á tomar la Habana, donde aseguran que el espíritu patriótico está en todas las gentes.

"Te he hablado de las cosas políticas, y te hablaré de mí. El Gobierno del Perú me ha dispensado mil honores después de nuestros triunfos. El Libertador me ascendió á Gran Mariscal (que equivale á nuestros Generales en Jefe) y el Congreso me cambió este título por el de *Mariscal de Ayacucho.* Estas y otras recompensas las he remitido á nuestro Gobierno, que no se si querrá aprobarlas. Yo creo buenamente que yo haría más fortuna en el Perú que en Colombia; porque en todo el país me quieren bien; pero yo pospongo todas las fortunas al solo bien de vivir en mi país y de consagrarme enteramente á mi patria. Así es que solicito con ansia volverme allá y

lo pediré como recompensa de mis servicios; porque si he de reposar, quiero hacerlo en Colombia. Has de saber que esta campaña, en países tan fríos, como no tienes idea, me ha avejentado y enfermado; tengo muchas canas, parezco de cuarenta años, y mi pecho me molesta mucho, porque frecuentemente me ataca la tos y un gran dolor.

"Vaya esta larga carta; pero bien merece hablarse largo desde Potosí hasta Cartagena. Añadiré mil abrazos á tu señora y niños, mil cariños á tus hermanas y cuñadas, y saludos á los amigos.—Tu

ANTONIO."

El día siguiente del triunfo, el General Sucre expidió la proclama siguiente:

Soldados: Sobre el campo de Ayacucho habeis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la independencia del Perú y la paz de la América. Los diez mil soldados españoles que vencieron catorce años en esta República, están ya humillados á vuestros pies.

Peruanos: Sois los escogidos de vuestra patria. Vuestros hijos, las más remotas generaciones del Perú, recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo.

Colombianos: Del Orinoco al Desaguadero habeis marchado en triunfo; dos naciones os deben su existencia: vuestras armas las ha destinado la victoria para garantir la libertad del Nuevo Mundo.

Cuartel general en Ayacucho, 10 de diciembre de 1824.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

Después el parte oficial que pasó á Bolívar, lo cerraba así:

La campaña del Perú está terminada: la independencia y la paz de la América se han firmado en este campo de batalla. El Ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna del Libertador de Colombia!..........................
....

Este, al decir de Larrazábal, su biógrafo, se extasió con la noticia de Ayacucho, y dirigió al ejército la alocución siguiente:

Soldados: Habeis dado la libertad á la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria, ¿dónde no habeis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

Soldados: Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais: el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bién que habeis hecho á la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

Soldados: Recibid la ilimitada gratitud que os tributo á nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que sereis recompensados como mereceis, antes de volveros á vuestra hermosa patria. Mas nó....jamás sereis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

Soldados peruanos: Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

Soldados Colombianos: Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

Cuartel general en Lima, á 25 de diciembre de 1824.

BOLÍVAR.

Igualmente expidió el Libertador un decreto de honores y recompensas á los vencedores de Ayacucho. Por ese decreto se manda levantar una columna conmemorativa en ese campo, colocando en la cima el busto de Sucre; se le confiere á éste el título de "Gran Mariscal"; se crean medallas para los Jefes, Oficiales y soldados; se manda pagar los sueldos del ejército, aun cuando haya que contraer para ello un empréstito, y algunas otras disposiciones relativas á inválidos, viudas y grados.

El Congreso peruano, instalado después que cesó el poder discresional de Bolívar, decretó también honores y recompensas al General Sucre y al ejército vencedor, y todos los pueblos manifestaban á porfía, el más vivo reconocimiento por sus redentores.

Sería interminable narrar las fiestas, los banquetes y las demostraciones con que festejaban á Sucre en todas partes, muy principalmente en el Alto Perú, donde abatió con igual éxito que en Ayacucho, los restos del dominio español.

....

....

IV

Antonio José de Sucre, nació en la ciudad de Cumaná (Venezuela), el 3 de febrero de 1795, y no el 13 de junio de 1793, como se ha dicho en algunas Biografías.

He aquí la partida de bautismo que acaba de encontrarse, y que dice así:

"En veinte días del mes de febrero de mil setecientos noventa y cinco años, yo el Beneficiado Cura Castrense, don Francisco Joseph del Aguila, certifico que con mi licencia y asistencia el Presbítero Doctor don Joseph Cándido Martínez, Secretario de Visita, bautizó solemnemente, puso óleo y crisma á *Antonio*, *Joseph*, *Francisco*, hijo legítimo de don Vicente Sucre, Teniente de infantería y de doña María Manuela Alcalá, el cual niño tenía diez y siete días de nacimiento; fueron padrinos el Beneficiado don Antonio Patricio de Alcalá y doña Juana Gerónima Sánchez, á quienes advertí su obligación y espiritual parentesco; y para que conste lo firmo, y de ello doy fe.—*Francisco Joseph del Aguila.*"

Tenía, pues, diez y seis años cuando comenzó su carrera, sirviendo á las órdenes del General Miranda, en calidad de oficial del Estado Mayor.

Prisionero Miranda de los españoles y conducido al presidio de Ceuta para expiar allí entre cadenas su delito de haber proclamado la independencia de

Venezuela, Sucre, unido á otros patriotas, continuó batallando por su patria, con distintas alternativas.

El año de 1818, luciendo ya en el peto de su casaca militar las palmas de General, prestó utilísimos servicios á la causa americana, en diversas negociaciones que se le confiaron.

En 1820, gestionando la regularización de la guerra, obtuvo tales ventajas, que después mereció de Bolívar los conceptos siguientes: "Es digno del alma del General Sucre, este arreglo; la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron; él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada á la guerra; él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho."

En 1821, fué mandado con una división á auxiliar á Quito y Guayaquil. Triunfó en Yaguachi, Riobamba y Pichincha.

En 1822, es comisionado del Libertador para preparar la incorporación de Guayaquil á Colombia, y se conduce con sumo tacto en ese difícil asunto.

En 1823, marcha á someter á las pastusos, en sus inaccesibles baluartes, y derrotado en la primera tentativa, sin embargo de tener á su lado á Jefes como Salóm, Sandes, Luque y otros, emprendió nueva campaña y el éxito coronó sus esfuerzos. Por esos tiempos, Bolívar decía: "Lo que ha colmado la dicha de las armas colombianas, es la victoria alcanzada al pie del volcán de Pichincha, sobre Quito, donde Sucre se ha llenado de gloria; Sucre es el Libertador del Ecuador."

En el mismo año, va á Lima, de Ministro Plenipotenciario de Colombia, donde desempeña comisiones muy importantes, relacionadas con la libertad del Perú.

En 1824, concurre á la batalla de Junín, en la cual tuvo Bolívar el comando en Jefe.

Al finalizar dicho año, alcanza sobre las fuerzas españolas mandadas por Laserna, la victoria de Ayacucho. Acerca del comportamiento de Sucre en ese hecho de armas, escribía Bolívar: "La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la

obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Semejante á Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. El General Sucre es el padre de Ayacucho: él es el redentor de los hijos del Sol: el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará á Sucre con un pié en el Pichincha y otro en Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac, y contemplando las cadenas rotas por su espada.... "

Por ésta fecha, Sucre estaba en el apogeo de sus glorias, y sin embargo, cada día era mayor su modestia, podríamos decir, su humildad............

Veánse los sentimientos de abnegación que expresa en un oficio, contestando al Ministro de Bolívar:

Cuartel general en Sicuani, 23 de enero de 1825.

Señor Ministro.

He tenido la honra de recibir la nota de V. S. del 27 de diciembre, con el decreto de S. E. el Libertador, en favor de los vencedores de Ayacucho. Mi corazón ha sufrido un combate de terribles sentimientos.

Me he visto humillado por la excesiva generosidad de S. E. el Libertador en prodigarme honores que son debidos á él, el genio de la América, que me dió un ejército de héroes formado por él mismo, para defender las libertades pátrias y los derechos del Perú; y á la vez, he visto con orgullo las recompensas á estos héroes que fijaron en un día los destinos del Nuevo Mundo.

El Libertador ha mandado erigir monumentos que recuerden á las futuras generaciones los servicios de los vencedores de Ayacucho; pero en el corazón de estos está consagrado el monumento que ellos han formado al hijo de la gloria, al guerrero generoso que nos dió patria y que de la condición de esclavos nos convirtió en soldados de la libertad y de la victoria. Sobre todos estos corazones y en cada uno de ellos, existe la estatua de Bolívar, y de allí la dejaremos á los hijos de nuestros hijos, para que su memoria tenga la duración del Sol.

V. S. querrá dignarse presentar á S. E. mi reconocimiento ilimitado á sus bondades, y aceptar las consideraciones con que soy, etc.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

. . . .

. . . .

En 1826, acompañando al Libertador en el Cuzco, una comisión de señoras, le ofreció á éste una guirnalda cívica de oro, perlas y brillantes. Bolívar se la presentó á Sucre en el acto de recibirla, diciendo: "El es quien merece todos los obsequios del Perú; él es el vencedor de Ayacucho y el verdadero Libertador de esta República." Sucre la rehusó, dedicándola al Congreso de Colombia. En Cochabamba, le presentaron otra corona y la envió á la ciudad de Cumaná, de donde era nativo.

En 1827, fué electo Presidente de la nueva República de Bolivia, fundada por Bolívar, después de los triunfos obtenidos en el Bajo y Alto Perú. Todos los colegios electorales le dieron sus sufragios. La administración de Sucre, fuě un modelo. No ha sido superada, ni imitada siquiera hasta ahora, en ninguno de los Estados Sud-americanos, ni aun en aquellos mejor regidos. Se manifestó un administrador de primer orden, atendiendo y proveyendo á todo. Pero los de Bolivia no podían avenirse con el gobierno de un hombre de virtudes, de un hombre puro, justo y laborioso como Sucre, y el 18 de abril de 1828, se insurreccionaron contra él, al extremo de que le atacaron en momentos en que se dirigía al cuartel á contener el motín, rompiéndole el brazo, con una descarga que le hicieron. El mismo brazo que había esgrimido no ha mucho la espada fulgurante de Ayacucho! Despidiéndose de Bolivia en un Mensaje, célebre ya, decía:

"Es suficiente remuneración de mis servicios, regresar á la tierra pátria después de seis años de ausencia, sirviendo con gloria á los amigos de Colombia; y aunque por resultado de instigaciones extrañas lleve roto este brazo que en Ayacucho terminó la guerra de la independencia americana, que

destrozó las cadenas del Perú y dió sér á Bolivia, me conformo cuando en medio de difíciles circunstancias tengo mi conciencia libre de todo crimen.

"Al pasar el Desaguadero encontré una porción de hombres divididos entre asesinos y víctimas, entre esclavos y tiranos: devorados por los enconos, y sedientos de venganza. Concilié los ánimos, he formado un pueblo que tiene leyes propias, que va cambiando su educación y sus hábitos coloniales, que está reconocido de sus vecinos, que está exento de deudas exteriores, que sólo tiene una interior muy pequeña y en su propio provecho, y que dirigido por un gobierno prudente, será feliz. Al ser llamado por la Asamblea general para encargarme de Bolivia, se me declaró que la independencia y la organización del Estado se apoyaban sobre mis trabajos. Para alcanzar aquellos bienes en medio de los partidos que se agitaron quince años y de la desolación del país, no he hecho gemir á ningún boliviano; ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa; he levantado del suplicio porción de infelices condenados por la ley, y he señalado mi gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad. Se me culpará acaso de que esta bondad, es el origen de mis heridas; pero estoy contento si mis sucesores con igual bondad acostumbran al pueblo boliviano á conducirse por las leyes, sin que sea necesario que el estrépito de las bayonetas esté perennemente amenazando la vida del hombre y acechando la libertad. En el retiro de mi vida veré mis cicatrices y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me recuerden que para formar á Bolivia preferí el imperio de las leyes á ser el tirano ó el verdugo que llevara una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos.

"¡Representantes del pueblo! hijos de Bolívar! que los destinos os protejan! Desde mi patria, desde el seno de mi familia, mis votos constantes serán por la prosperidad de Bolivia."

Abandonando ese país, y de paso por el Callao, al volver á Colombia, hizo todo género de insinuaciones al gobierno peruano para evitar la guerra que Lamar preparaba contra la gran República. Continuando su viaje, al subir el río de Guayaquil dirigió una larga carta á Bolívar, refiriéndole extensamente los

pormenores de la insurrección boliviana, y de ella entresacamos estos bellísimos párrafos:

"Hablaré por fin de mí. Después de cuatro meses y medio de sufrimientos, se cerró mi herida el día que llegué al Callao, y hasta hoy que tengo cinco meses cabales, está consolidada la cicatriz. Sin enbargo, los dedos están tiesos, la mano muy débil y el brazo con muy poco ejercicio. Dicen los cirujanos que continuando la curación para fortificar los músculos, tendré libre uso al cabo de algún tiempo y con mucho ejercicio de la mano; pero que siempre quedaré muy débil.

"Estaré en Guayaquil cuatro ó seis días y haré cuanto pueda por llegar á Quito el 30 de este mes para reunirme á mi familia á los setenta y seis meses de haberme separado de ella. Vuelvo á Colombia con el brazo derecho roto por consecuencia de estos alborotos revolucionarios y por instigaciones del Perú á quien he hecho tantos servicios, y de algunos bolivianos que tienen patria por mí. Traigo por toda recompensa la experiencia que me han dejado los sucesos; y ella me aconseja pertenecer á mi familia como tantas veces he dicho á V. que es mi voto y mi ambición. El servicio á pueblos ingratos me es tan molesto como la carrera pública. Antes de pisar el suelo colombiano repito esta declaración, así como repito que el mayor premio que puedo recibir por mis servicios, es la amistad y el afecto del Libertador de mi patria. Consérvemelos V., mi querido general, porque después de reunirme á mi familia, es lo que más me lisonjeará en el retiro de mi vida.

"Tuve en el Callao una carta de Caracas, y sé que mis hermanos han sido arruinados por los facciosos de la costa de Cumaná. V. sabe cuánto amo á mis hermanos y cuánto anhelo llenar el encargo que me dejó mi padre por ellos. Ruego, pues, que se les auxilie con el dinero que, por disposición del gobierno, entregué en las cajas de Guayaquil para ser abonado á mis hermanos en Venezuela. Perdone V. que en esta primera carta hable de tal asunto, pero me obliga á ello la situación aflictiva de los mismos."

Llegado al Ecuador, se encontró con que los peruanos habían acelerado sus preparativos de guerra y

avanzaban por el Macará. El país estaba bajo el gobierno de Flores, como jefe superior del Sur de Colombia..

....

Al llegar á Quito, vencedor siempre, presentó á Bolívar las banderas tomadas en Tarquí, dirigiéndole esta preciosa arenga, que la publica Larrazábal en la biografía que hizo de aquel héroe:

"Señor:

"Una borrasca política rodeada de todos los peligros internos y externos amenazaban hundir á los departamentos del Sur bajo un torrente de desgracias, cuando desde las bocas del Juanambú resonó en Tarquí el grito de victoria dado por Bolívar. Al ruido de este nombre querido, sus amigos armados respondieron *victoria ó muerte*, y la muerte y el espanto corriendo las filas enemigas, arrojaron los peligros exteriores, entre la confusión y la vergüenza, á las riberas del Rimac. Mil quinientos de nuestros guerreros, llevando en su corazón al genio de Colombia, tuvieron luégo á sus pies toda la organización militar del Perú, y castigaron á los ingratos que no contentos con ultrajar á su bienhechor, osaron profanar la patria que nos creó el Redentor del Nuevo Mundo. Satisfecha la venganza nacional, la sombra de Bolívar apareció entre la sangre y los horrores para inspirar á nuestros bravos su generosidad, y desde el campo de batalla, las reliquias de los vencidos vuelven á su país proclamando que Bolívar ha correspondido á la perfidia de sus libertos con una elevación sin la cual la ignominia serviría de estandarte á las armas peruanas. V. E. por sus mandamientos á sus representantes en el Sur, y mostrándose en el triunfo *siempre grande, y siempre único*, ha reparado la humillación de un pueblo americano que le debe su existencia. Esta venganza es digna de V. E., y cuando las armas colombianas no podían buscar trofeos en esa guerra, es la más noble venganza del ejército del Sur, honrar los despojos de la campaña de treinta días, trayéndolos á los pies del ángel de la victoria."

El Libertador (agrega Larrazábal) abrazó á Sucre y no pudo contestarle. Lo ahogaba la emoción. La naturaleza reclamaba sus derechos y era fuerza con-

cedérselos. Los ojos de Bolívar estaban inundados de lágrimas, y esas lágrimas eran sublimes de clemencia....Dos veces intentó el Libertador hablar á Sucre y dos veces la voz quedó ahogada. Por fortuna el alma tenía otro lenguaje.

....

....

Próxima la clausura del Congreso, (Admirable) Sucre decidió volverse á Quito al seno de su familia, pues estaba casado con una dama quiteña, la señora doña María Carcelén y Larrea, descendiente de los marqueses de Solanda.

Tomó la vía de Popayán y Pasto, y al atravesar la montaña de Berruecos, asesinos apostados en el monte le asesinaron el 4 de junio de 1830. Una descarga de tiros, hiriéndolo en el pecho, la espalda y la cabeza, lo mató instantáneamente. Un asistente, Lorenzo Caicedo, que se había atrasado en la marcha, lo encontró boca abajo, tirado en el lodo. El fiel sirviente lo veló toda la noche y le dió sepultura en un campo vecino.

Horroriza pensar que el Gran Mariscal de Ayacucho, el virtuosísimo Sucre, estuviera destinado á concluir su vida en un bosque solitario, asesinado por infames asesinos.

La muerte de Sucre repercutió dolorosamente en toda la América. Todos los gobiernos, pueblos y corporaciones públicas honraron dignamente su memoria. Bolívar, al saberlo, exclamó: *¡Santo Dios! se ha derramado la sangre de Abel!* y escribía en seguida: "Esta noticia me ha causado tal sensación que me ha turbado verdaderamente el espíritu hasta el punto de juzgar que es imposible vivir en un país donde se asesina cruel y bárbaramente á los más ilustres Generales, cuyo mérito ha producido la libertad de la América. El inmaculado Sucre no ha podido escaparse de las asechanzas de estos monstruos. Yo no sé qué causa haya dado este General para que atentasen contra su vida, cuando ha sido más liberal y más generoso que cuantos héroes han figurado en los anales de la fortuna, y cuando era demasiado severo hasta con los amigos que no participaban enteramente de sus sentimientos."

¿Pero, quién era el verdadero autor de este crimen, cuál su origen, cuáles los móviles que reconocía?

Estas cuestiones se plantearon inmediatamente en toda la América, en particular en Colombia.....

....

Terminamos aquí estas líneas, que como hemos dicho al principio, son nuestro tributo al aniversario de Ayacucho y á la memoria del invicto Sucre, reproduciendo el texto de la ley sancionada últimamente por el Congreso de Colombia, mandando erigirle una estatua en Bogotá y dando su nombre á un paseo público de esa capital:

Dice así:

"EL CONGRESO DE COLOMBIA

Considerando:

"Que es deber ineludible de los pueblos civilizados del mundo tributar homenajes y erigir monumentos á sus grandes hombres:

"Que el Gran Mariscal Sucre le hizo importantísimos servicios á la causa de la independencia, ya como insigne guerrero y ya como hombre de Estado;

"Que durante toda su vida dió ejemplo de las más altas virtudes morales:

DECRETA:

"Art. 1º La República eregirá una estatua ecuestre al Gran Mariscal Antonio José de Sucre, que se colocará en el nuevo paseo de San Francisco, de esta ciudad, y llevará por nombre "Paseo Sucre."

"Art. 2º En la parte principal del pedestal se grabará esta inscripción:

"La República de Colombia en señal de gratitud, admiración y respeto al insigne guerrero."

"Y en la parte opuesta esta otra:

"El Gran Mariscal Antonio José de Sucre selló la independencia de cinco naciones, con la gloriosa batalla de Ayacucho, el día 9 de diciembre de 1824."

"Art. 3º Vótese, para dar cumplimiento á esta ley, la suma de cincuenta mil pesos, que se considerará incluida en el Presupuesto de Gastos hasta que se realice el objeto á que se destina.

"Dada, etc."

Ahí, pues, en el seno de la patriota ciudad de Bogotá, contemplarán los siglos la efigie en bronce del primer Capitán de Colombia, quedando grabados sus méritos, sus servicios y su nombre en la página de oro de la Historia de la América republicana.

T. MONCAYO AVELLÁN.



LA BATALLA DE AYACUCHO

La jornada de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, terminó en el Sur la guerra de independencia, que comenzó en el Norte con la batalla de Lexington, el 19 de abril de 1775.

El continente americano, de polo á polo, iba á ser libre.

Tenían los realistas 9.320 hombres disponibles de todas armas y once piezas de artillería. Sucre sólo contaba 6.000 hombres de infantería y caballería, y una sola pieza de artillería.

¿Hay alguien que crea que nuestras fuerzas eran desiguales? No; que allí estaba Córdova, y Silva y Luque, y Lara, y Lamar, y sobre todo Sucre, que valía un ejército.—Este recorría las filas diciendo á los soldados: *De los esfuerzos de este día depende la suerte del Sur América. Este será un día de gloria que coronará vuestra constancia. Soldados! viva el* Libertador. *viva* Bolívar, *el Salvador del Perú!*—Tan animadas palabras produjeron un efecto eléctrico y fueron seguidas de "vivas" entusiastas!............

Valdez atacó nuestra división Lamar, y, con tal ímpetu, que por el momento la obligó á ceder.—En el acto Sucre, que con una serenidad inalterable vigilaba desde un punto llamado la Sabaneta, los movimientos de ambos ejércitos, ordenó á Córdova que cargará sobre el centro enemigo, y reforzó la división Lamar.—Córdova se desmontó de su caballo y desnudando la espada, lo mató. "Soldados, les dijo gallardamente, yo no quiero medios para escapar y sólo conservo mi espada para vencer. Adelante, paso

de vencedores! " — Y no fué fanfarronada; porque cayó sobre dos batallones de la división Villalobos y sobre ocho escuadrones, y los arrolló en un momento.—Nada pudo resistir su carga.—Monet corrió con su división en ayuda de Villalobos; pero Córdova la desbarató también. En breves instantes, Monet estaba herido, varios jefes habían perecido, y los soldados se dispersaban con pavor. Dos batallones quisieron formarse, pero Córdova no les dió tiempo.... —Al frente de la caballería colombiana estaba Silva. ¿Podrían los realistas sufrir su terrible choque? Silva herido gravemente desde el principio, vertiéndo sangre, era irresistible. No pensaba en la muerte, sino en la libertad y en la gloria, y se entraba furioso por las lanzas castellanas.—Atónito el Virrey, ordenó adelantar la reserva, que mandaba Canterac, con la intimación expresa de hacer el último y más desesperado esfuerzo. Todo fué en vano! Nuestros soldados (señaladamente los colombianos) eran hombres á toda prueba, regidos por capitanes valerosísimos, ganosos todos de honra, fieles á los intereses de la independencia y determinados á perder la vida ó reconquistar la libertad de la América: ¿qué triunfo podía obtenerse contra estos hombres? Al principio el combate había sido infeliz en nuestra izquierda; pero muy luégo se restableció la pelea, y nada pudo resistir la embestida simultánea de nuestras tropas. La derrota se hizo general entre los realistas, y como dice el parte oficial, *la derrota fué completa y absoluta.* Lamar persiguió á los vencidos atravesando profundas y escabrosas cañadas que se le interponían.—Córdova trepó con sus batallones las ásperas faldas del Condorcanqui é hizo prisionero al Virrey. Lara marchó por el centro y continuó la persecución. Los españoles se vieron cortados en todas direcciones. El triunfo fue nuestro, alcanzado á impulsos del valor y del heroísmo. Contra doble fuerza pelearon nuestros soldados; y en la tarde de aquel espléndido y venturoso día, nuestros depósitos contaban más prisioneros que tropas para custodiarlos. ¿Qué arbitrio quedaba á los realistas?—Morir ó entregarse........ Ellos se entregaron!!— A las cinco y media de la tarde se presentó en nuestro campo el Comandante Mediavilla, ayudante de campo del General Valdez, so-

licitando por el General en Jefe para proponer una capitulación. Luégo vinieron los Generales Canterac y Carratalá, y ajustaron con el modesto Sucre las condiciones de aquel tratado, que se firmó en Quinúa.

Canterac firmó la capitulación por la prisión del Virrey.

Los términos de este convenio fueron: 1º que serían trasportados á costa de la República todos los individuos del ejército español que quisieran regresar á su patria, socorriéndoles entre tanto con media paga, y que se admitirían en el del Perú en su mismo empleo á los que prefiriesen continuar sirviendo en este país: 2º que ninguna persona sería incomodada por sus opiniones y servicios prestados á la causa del Rey, y que se permitiría salir del Perú y disponer dentro de tres años de sus propiedades á todas las personas que quisieran ejecutarlo; 3º que los Generales, Jefes y Oficiales prisioneros en la batalla y en la campaña anterior quedarían en libertad, conservando todos los capitulados el uso de sus espadas y uniformes, y la más completa seguridad para reunir sus intereses y familias, trasladándose al efecto á los lugares que escogieran; más no podrían volver á tomar las armas contra la América en la guerra de independencia, ni trasladarse á punto alguno ocupado por las armas de la metrópoli; 4º que se entregarían al Ejército Unido Libertador los restos del español y todo el territorio que dominaban las tropas reales hasta el Desaguadero, junto con las guarniciones, parques, maestranza, almacenes militares y los demás objetos correspondientes al Gobierno de la Península. Debía comprenderse la plaza del Callao, que se entregaría al Libertador, permitiéndose á los buques españoles de guerra y los mercantes hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis meses, y aprestarse para su largo viaje, á cuyo efecto se les franquearían los correspondientes pasaportes para salir con seguridad del Pacífico y seguir á los puertos de Europa.

Por efecto de este convenio quedaron en nuestro poder, como prisioneros de guerra los Generales Laserna, Canterac, Valdez, Carratalá, Monet, Villalobos Ferraz, Bedoya, Somocurcio, Atero, Cacho, Landazuri, García-Camba, Pardo, Vigil y Tur, 16 coroneles,

68 tenientes coroneles, 484 oficiales y toda la tropa. Aunque las fuerzas realistas disponibles en Ayacucho alcanzaron á 9.310 hombres, que fueron batidos por 5.780 de nuestros valientes, no perdieron arriba de 2.400 entre muertos y heridos; mucha parte de la tropa, abandonando las armas, se escapó furtivamente.

Es esta la célebre batalla de Ayacucho que consumó la independencia americana.—El comportamiento de nuestras tropas fue brillante por extremo en aquel glorioso día; pero nada hubo comparable con el ardimiento de Córdova, que destrozó la mayor parte del ejercito español. Córdova fue ascendido á General de división en el mismo campo de batalla. Apenas contaba veinte y cinco años de edad! —Hé aquí las palabras de un testigo presencial y por su carácter muy exacto y justiciero. "Sucre, dice el General Miller en sus *Memorias*, expuesto durante la acción á todos los peligros, porque se halló donde quiera que su presencia fue necesaria, hizo pruebas de la mayor *sangre fría*, y su ejemplo produjo el mejor efecto.—Lamar desplegó las mismas cualidades y con una enérgica elocuencia conducía los cuerpos al ataque y los conservaba en formación. El heroísmo de Córdova fue la admiración de todo el mundo.—Lara estuvo brillante de actividad y de disciplina.—Gamarra ostentó su tacto habitual.—Los coroneles O' Connor, y Plaza, los oficiales de los cuerpos. Carvajal, Silva, Suárez, Blanco, Braun, Medina, Olavarría que hicieron alarde de tanto valor en Junín, se distinguieron otra vez en Ayacucho." Miller, añadiré yo para completar el cuadro, Miller á la cabeza del regimiento de Húsares de Junín, se comportó con una inteligencia y un valor sereno dignos de él, que era tan ilustre militar.

Nueve de diciembre de 1824! Día de gloria y de esplendor en los anales de nuestra libertad! ¡Día de bendición, en que lució la suave aurora del contento y de la más magnífica esperanza! En él, una batalla brillante, la más mágica de la historia, fijó para siempre el destino de nuestro suelo, *y los españoles abandonaron esta tierra codiciada, cuyas riquezas fueron origen de tanta ruina!*

La obra estupenda que se inició el 19 de abril de 1810 quedó allí terminada! Dióse el grito en Caracas de independencia, y al cabo de catorce años de lucha sin ejemplo, un venezolano, digno amigo y alumno de Bolívar, selló con un prodigio en el Perú, la empresa, el designio de nuestra emancipación.....!

(LARRAZABAL—*Vida del Libertador).*

NECROLOGIA

—

El General en Jefe Antonio José de Sucre ha sido asesinado el 4 de junio de 1830: y Colombia debe llorar su muerte como una pérdida nacional.

El General Sucre nació en Cumaná, capital del departamento de Maturín, en el año de 1795. Su primera educación fue de las mejores que en aquella época se proporcionaban en estos países.

La revolución del año de 10 encontró á Sucre al salir de la puericia. La flor de la juventud, impelida de un instinto noble y del amor á su patria, corrió á las armas, sin esperanzas de hacer fortuna, y sin más objeto que la gloria y la libertad. De este número fue Sucre.

Desde luego se presintieron sus destinos. Él se consagró al estudio que debía hacerle digno de su elevación.

Unió su aplicación estudiosa al amor del orden, á la subordinación extricta y á la obediencia á las leyes.

Con estas disposiciones sirvió desde el año de 10 y ascendió sucesivamente desde subteniente hasta Coronel.

Su capacidad y su mérito le hicieron destinar al Estado Mayor, y en este ramo importante del ser-

vicio, mereció ser elevado al empleo de General de Brigada, en tiempo en que no se prodigaban tan elevados puéstos de la milicia.

En el año de 20 fue la entrevista del Libertador con el General del ejército español don Pablo Morillo. Un armisticio y la regularización de la guerra fueron los efectos de aquel suceso memorable. El General Sucre, ya distinguido por sus talentos, por sus luces, por su destreza y su discreción, fue uno de los escogidos para concluir los convenios; y ellos serán siempre un monumento de su tino y capacidad en los negocios diplomáticos.

Hasta entonces la carrera militar del General Sucre, ni fue oscura ni brillante; porque no había mandado cuerpos de ejército, y porque comunmente el brillo de las armas no refleja sino en la espada del General.

El año de 21 comienza su época gloriosa. El departamento de Guayaquil había arrojado el yugo español, y necesitaba de un Jefe que dirigiera sus movimientos y lo pusiera á cubierto de las empresas de los enemigos que ocupaban al Ecuador, Asuay y una parte del Cauca. El General Sucre fué escogido para esta empresa importante y trascendental.

Él salvó á Guayaquil, cuando la traición de un Jefe expuso el Departamento á recaer en poder de los españoles: reanimó los espíritus, inspiró confianza, restableció el orden, organizó los escuadrones de Yaguachi y preparó la victoria de Pichincha.

En Pichincha consumó la creación de la República. Con el Sur libre, se presentó al universo Colombia en su integridad natural, y se fundaron las esperanzas de la libertad del Perú y de la creación de dos nuevas repúblicas: su recompensa fué el ascenso á General de División.

Pasto se libertó en Pichincha, y Pasto mal aconsejado se armó nuevamente contra sus libertadores. Correspondía al General Sucre asegurar el fruto de su victoria: fué encargado de someter de nuevo á Pasto, y correspondió á la confianza que de él se hizo con la celeridad y gloria con que están marcadas todas sus empresas.

El genio, el mérito, la misma gloria lo llamaban al Perú. Precedió al Libertador, fue acogido con entusiasmo y encargado del Gobierno del Estado en una situación demasiado crítica. Sus esfuerzos correspondieron á la confianza que de él se tuvo: y conservó la autoridad hasta que fue encargada al Libertador.

Fue preciso crear y organizar el ejército, y conferir el mando á un General experimentado y digno de acometer y dirigir la ardua empresa de arrojar al ejército español de todo el Perú. La elección recayó en el General Sucre, aunque era el más moderno de los de su grado que existían allí.

No permiten los límites de este artículo referir todo lo que hizo aquel diestro capitán. Jamás vió la América un ejército más disciplinado, más moral, ni más digno de un perfecto General. Sus movimientos estratégicos, su retirada, la elección del campo en que debía triunfar, todo fue grande, todo inspiró respeto á los enemigos, y todo contribuyó á la esplendidez de la más señalada victoria sostenida en el Nuevo Mundo.

Bolivia fue una creación de Ayacucho, y los bolivianos, en su exaltación, escogieron para su primer gobernante al que les dió el sér. El General Sucre presidió los destinos de aquella nueva República con acierto y justicia. Allí desenvolvió sus talentos administrativos, el genio de un fundador y las miras extensas de un grande hombre. Zanjó los cimientos de un hermoso edificio, y resolvió dejar el mando supremo y volver á su patria, por vivir como ciudadano y dar un ejemplo práctico de republicanismo.

Pisó las playas de su patria cuando ya la guerra con el Perú era inevitable. Él fué precedido de la noticia de su próxima llegada; y el Gobierno quiso aprovechar esta ventaja. Le nombró Jefe superior político y militar de los Departamentos del Sur, y el suceso justificó la elección. El General Sucre aceptó el mando por el tiempo preciso de la campaña. Formó su plan de operaciones, hizo mover los cuerpos, escogió á Tarquí para teatro de su última proeza, dió la batalla, triunfó, concluyó el memorable convenio de Girón y dejó de mandar.

Estaba convocado el Congreso constituyente que debiera fijar los destinos de Colombia, y Cumaná su país natal, puso los ojos en él. Sus distinguidas cualidades decidieron á aquel cuerpo á elegirlo para su Presidente, y posteriormente para la ardua comisión que se dirigió á Venezuela. Ella no tuvo el suceso prometido; empero sirvió para mostrar su capacidad. Habiendo regresado á la capital, resolvió marchar precipitadamente á los Departamentos del Ecuador, donde creía su presencia importante. Él fué advertido de los riesgos que corría, y confiado en su nombre y en su mérito, no quiso tomar las precauciones convenientes.

Esto lo perdió. El día 4 de junio en la montaña de Berruecos cerca de Pasto, recibió una descarga de fusilería que le privó de la vida. El Prefecto y Comandante General del Cauca están (en 1830) practicando las diligencias más activas en el descubrimiento y persecusión de los asesinos. ¡Así murió á los 35 años de edad el vencedor de Ayacucho! ¡Así acabó una vida corta, pero tan llena de merecimientos! Si hubiera exhalado su espíritu sobre el teatro de la victoria; con su último aliento habría dado gracias al cielo de haberle reservado una muerte gloriosa; pero asesinado cobardemente en una oscura montaña, él deja á su patria el deber de perseguir esta alevosía, y de adoptar medidas que corten nuevos escándalos y la repetición de escenas tan lamentables como oprobiosas.

(Gaceta de Colombia de 4 de julio de 1830).



LA GLORIA DE SUCRE

Dos grandes, gloriosísimas fechas marcan el principio y el fin, el punto de partida y el término de nuestra heroica lucha, y encierran y resumen el período clásico de aquellos días de afanes y de pruebas, de triunfos y reveses, en que, entre combates y prodigios de valor y de estrategia, nacieron á la vida de la nacionalidad los pueblos de Sud-América. Cada uno de ellos tiene su *punto de partida* en esa serie de hechos que forman sus magníficos anales; pero el *término* es común á todos: el NUEVE DE DICIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS VEINTICUATRO, en que el modesto cumanés ANTONIO JOSÉ DE SUCRE decidió en AYACUCHO los destinos de la América.

Venezuela tiene la altísima honra de haber sido la primera en afrontar el atrevido pensamiento, con la declaratoria del cinco de julio de mil ochocientos once, de que puede noblemente enorgullecerse la heroíca ciudad de Caracas, cuna de Miranda, de Bolívar y otros egregios Varones de los que componían la *Sociedad Patriótica:* aquella que llevó al Congreso la idea redentora y decidió á los Representantes de las Provincias á proclamarla solemnemente, á la faz del mundo, antes que las demás colonias españolas.

Pero el cinco de julio de mil ochocientos once,— tan grande y memorable en sí— no es más que el día *inicial* de nuestra propia independencia, la cual sin el triunfo y la capitulación de Ayacucho, no se hubiera consumado en la región de la America española: aquel es sólo el punto primordial de la epopeya sublime que escribieron con su sangre los pueblos colombianos, bajo el mando de Bolívar, el profeta de Casacoima, el semidiós de un mundo!

Y mientras el cinco de julio de mil ochocientos once es un día de recordación para Venezuela sola; el nueve de diciembre de mil ochocientos veinticuatro es el gran día de la América del Sur. ¡Gloria á los que lo hicieron memorable¡ Honra para la Patria de esos héroes!!

Oigamos al Libertador calificándolo en la carta en que felicitó á Sucre por la gloria de que se había cubierto: "El nueve de diciembre de 1824,—dice—en que usted ha triunfado de los enemigos de la independencia, será eternamente un día que mil y mil generaciones recordarán, bendiciendo siempre al patriota y al guerrero que lo ha hecho célebre en los anales de la América. Mientras exista Ayacucho se tendrá presente el nombre del General Sucre: *él durará tanto como el tiempo.*"

Y hablando de este héroe—tan modesto, que refería su expléndido triunfo á las acertadas disposiciones del Libertador—decía: "La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora á los vencedores de catorce años y á un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante á Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando á los americanos el ejercicio de sus derechos y el sagrado imperio de la naturaleza. El General Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará á Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac, y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada."

La lucha había concluido, la colosal empresa quedaba coronada: catorce años de esfuerzos habían alcanzado en Ayacucho, en la memorable fecha, el pre-

mio apetecido; y el Padre de de Patria, en su entusiasmo férvido por el grandioso triunfo, recompensaba á los héroes de la jornada mandando levantarles en el campo de gloria una columna sagrada, en cuya cima se colocase el busto de Sucre, á quien nombraba desde luego *General en Jefe y Gran Mariscal*, con el sobrenombre de "General Libertador del Perú."

Sucre había nacido en Cumaná, de familia distinguida, cerca de treinta años antes, el 3 de febrero de 1795: había hecho aquí sus primeros estudios, que complementó en Caracas; y cuando los sucesos de abril de 1810 conmovieron los pueblos de Venezuela, él—á la edad de quince años—era ya teniente de ingenieros. Abrazó desde entonces la causa de la independencia, sirviendo á las inmediatas órdenes de Miranda, Mariño, Bermúdez y del mismo Libertador, á quien siguió en sus campañas desde 1819 (1820). Su actividad, pericia, valor y demás dotes militares le grangearon siempre el aprecio de sus Jefes, y le elevaron por rigurosa escala á los más altos puéstos de la milicia. Desplegó sus talentos y su heroísmo, principalmente en el Ecuador, en el Perú y en Bolivia; donde alcanzó los brillantes y memorables triunfos de *Yaguachi*, *Riobanba*, *Pichincha*, *Ayacucho*, *Tarqui*, debidos más á su estrategia y á su táctica, que al número de sus combatientes, menor siempre que el del enemigo, y que á los elementos y recursos de que pudiera disponer.

Veinte y cinco años tenía cuando negociaba de orden de Bolívar, con Morillo, la regularización de la guerra; y ésta, y el armisticio celebrado en el Sur con el Coronel español Tolrá, así como las generosas capitulaciones otorgadas á Aymerich, Canterac y Lamar patentizan su habilidad de diplomático y político y sus eminentes dotes de guerrero, á la vez que la bondad de su alma y la belleza de sus sentimientos morales y caballerescos. Pero donde más se reconocen su grandeza de alma, su republicanismo acendrado, su abnegación, desprendimiento y patriotismo, sus dotes de estadista, es en los cortos días de su administración en Bolivia. Sucre era una eminencia.

Por sus virtudes y por su mérito, el Libertador le distinguía y le amaba con entrañable afecto, á que

el Mariscal sabía corresponder muy dignamente.....

. . . .

Fué arrebatado en la flor de sus días, el 4 de junio de 1830, á la edad de treinta y cinco años y cuatro meses!

Su gloria se refleja sobre el pueblo en que vió la luz, mártir también, como él.

BARTOLOMÉ MILÁ DE LA ROCA.



UNA PAGINA DE LA VIDA DEL GENERAL SUCRE

ESCRITA POR ÉL MISMO

. . . .

. . . .

Los fastos militares de Venezuela no exhiben á Sucre á la altura de su relevante mérito, y durante las heroicas pero desconcertadas y aun anárquicas campañas que en los años de 1813 á 17 tuvieron por teatro las provincias orientales de dicha República, él no ocupó sino puéstos subalternos ó apenas de segunda línea. Sin embargo, si rastreamos con cuidado la historia de aquella tormentosa época y leemos sus más intimos documentos, encontraremos firmemente delineados desde entonces los rasgos principales de la hermosa figura del héroe de Ayacucho. Un claro talento, instrucción profesional muy superior á lo que permitían las circunstancias, gran dignidad y sencillez de carácter, espíritu de obediencia y disciplina, con igual actitud para sentir ó inspirar respeto (condición muy rara en los tiempos de revolución) y una adhesión reflexiva pero firme á la autoridad y prestigio de Bolívar, en quien como Soublette, Urdaneta y otros pocos de sus compañeros, reconoció siempre al verdadero Jefe y conductor de la revolución. Corresponde al Vicepresidente Zea el mérito de haber premiado el de Sucre con el ascenso de General de Brigada. . . . .

Designado, en efecto, para mandar el ejército que debía libertar el Departamento de Quito de la dominación española, desplegó allí singulares dotes de administrador, de político y de capitán, y por una de las más bellas campañas que registra la historia militar del Nuevo Mundo completó la independencia de Colombia con la victoria de Pichincha, obtenida en las faldas del volcán de este nombre, no lejos del campo de batalla donde el último de los Pizarros venció y dió muerte al primero de los Virreyes españoles, que intentó proteger los derechos de una raza infeliz víctima de la conquista. Después de dominar, no sin grandes esfuerzos, la brava resistencia de los Pastusos obstinadamente adversos á la causa de la República, Sucre se trasladó á Lima en desempeño de una misión diplomática, que, en verdad no pudo ser confiada á persona más competente, como lo probaron luégo los resultados obtenidos. Nada menos que su tino y discreción, su entereza de carácter y su independencia de juicio fueron necesarias en aquellas circunstancias para sacar avantes los intereses de la causa independiente, comprometida y aun puesta en último lugar por las intrigas, las ambiciones desapoderadas y las rivalidades de círculo en que á la sazon hervía la capital del antiguo virreinato. De allí marchó al Sur á cooperar, al frente de una división colombiana, á las operaciones de la campaña de Intermedios dirigida por el general Santacruz, y aunque previó en tiempo el vergonzoso desastre que necesariamente debían producir las numerosas faltas y errores cometidos por este jefe, sólo le fué posible salvar las tropas de su inmediato mando, con lo cual prestó al Perú y á la América entera un gran servicio, pues esas tropas fueron la base del nuevo ejército que debía reparar más tarde tanta ineptitud y desconcierto. Encargado luégo del mando de ese mismo ejército por la ausencia del Libertador, que después de la victoria de Junín se trasladó á Lima, maniobró por largos meses al frente del ejército español, hasta llevarlo al memorable campo de batalla donde aquel terminó su carrera..............................

Fué lástima grande que el teatro en que le tocó exhibirse como mandatario á más de ser relativamente pequeño, hubiese sido hondamente perturbado por influencias extrañas y también por el carácter de las

nuevas instituciones, contrarias en su esencia al espíritu democrático de la revolución y al de aquellos pueblos. A pesar de esto, todos los historiadores bolivianos y aun los de Chile han hecho completa justicia al primer Presidente constitucional de Bolivia. Entre los primeros, don Manuel José Cortés, en el "*Ensayo sobre la historia de Bolivia,*" dice á este respecto: "Bajo su gobierno se fundaron colegios en los Departamentos que no los tenían, enseñándose mateterias antes desconocidas en el país, se erigieron casas de educación para niñas, y se puso mano en todas las reformas. Al tino y activa solicitud de Sucre se deben las instituciones más importantes que hoy existen en Bolivia. Sus beneficios fueron, sin embargo, desconocidos por algunos malos bolivianos, y el mejor mandatario tuvo enemigos gratuitos. Un oficial Matos, aprovechando la circunstancia de no haber nunca guardia en el Palacio, se introdujo una noche en una pieza contigua al dormitorio del General con objeto de asesinarle. Probada la tentativa, un consejo de guerra condenó á Matos al último suplicio; pero Sucre, siempre generoso, salvó la vida al mismo que quería arrebatarle la suya." Hasta aquí la cita de Cortés: como se vé en ella, el cobarde plomo de Berruecos fué fundido en más de un sitio con igual infame destino..............................

....

(De la *Revista Ilustrada* de Nueva York.)



GLORIA

AL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora á los vencederes de catorce años....La posteridad representará á Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí.

SIMÓN BOLÍVAR.

Si á alguien pudiera aplicarse entre los modernos el encomio que hizo de Escipión Emiliano, un historiador latino, "nunca cometió una mala acción, ni pronunció palabra que no fuera digna de alabanza," sería tal vez á Sucre.

ANTONIO FLORES.

Si, como lo reconocen los geógrafos, no se ha dado en el mundo batalla alguna á mayor altura que la de Pichincha, señaladme, si podéis, en las regiones de lo noble, varonil y esplendoroso, acción más encumbrada que la de haber trepado desde las frondosas playas del Pacífico los rápidos despeñaderos de los Andes hasta envolverse en las brumas que rodean el desnudo peñón donde se anida el condor, sobre la ciudad de los Shiris para romper allí las ca-

denas con que se hallaba aherrojado y caído sobre la arena empapada en su propia sangre el pueblo á quien Bolívar llamó sublime. ¿Sabéis por qué?–por haber sido el primero que en Colombia dió el grito de independencia, y porque solitario en medio de las quebradas andinas y destituido de todo amparo en lo humano, luchó por dos años consecutivos con las huestes castellanas hasta caer casi exánime al pie del rugiente coloso, altar, al principio, donde fueron sacrificadas las primeras víctimas ofrecidas á la santa causa de la emancipación americana, y campo de batalla, después, donde entre el humo espeso de la pólvora quemada en sangrienta lid, apareció triunfante rodeado de la auréola de la inmortalidad el pabellón de Colombia sostenido por la invicta diestra de Sucre. Washington agitó entonces desde el Empíreo, en señal de regocijo, sus palmas de laurel, y las sombras de Alejandro, César, Federico y Napoleón se inclinaron reverentes en profundo silencio para saludar al héroe circundado de sus ínclitos tenientes, mientras las de Salinas, Morales, Quiroga y demás mártires del dos de agosto entonaban un himno de victoria que resonó del uno al otro confín del universo.

FRANCISCO J. SALAZAR.

Sucre: muchos admiran tu genio militar y tu fortuna; en Pichincha salvaste á Colombia y su Libertador; en Ayacucho consumaste la independencia de un Continente; mas yo admiro tu genio organizador y tu política. Si el pueblo cuyos destinos te estuvieron confiados hubiera observado tus leyes y escuchado tus consejos, él y las otras cuatro hijas de Bolívar habrían progresado en el orden y héchose respetables por la virtud y el patriotismo..........

Las hijas del Libertador vuelven, empero, al buen camino y la que las ha precedido en esta vía te saluda hoy alborozada.

ELÍAS LASO.

El triunfo obtenido por las huestes liberales en la cima del Pichincha es uno de los grandiosos monumentos consagrados á la memoria del ínclito Sucre y á la gloria de Colombia. En Pichincha fue sellada la independencia de la gran sección Suramericana en la que hoy tres Repúblicas tienen vida independiente. Al nombre de Pichincha irá unido siempre el del famoso Caudillo á quien se debe una de las más importantes victorias de la magna guerra. El 24 de mayo de 1822 será fecha inmortal en los anales de la América toda; y en los de Venezuela, Colombia y el Ecuador vivirá eternamente, con el recuerdo del héroe que ha colocado ese día entre los más faustos de nuestra historia.

Loor al héroe de Pichincha.

FRANCISCO J. MONTALVO.

Cuando el Ecuador recuerda sus pasadas glorias, no hace sino acordarse de Sucre; y, cuando las celebra, no hace sino manifestar la gratitud debida al más modesto y simpático de los héroes de Colombia.

QUINTILIANO SÁNCHEZ.

Sucre combatió no sólo por la libertad, sino también por la glorificación de la libertad. Después del triunfo en Pichincha, reunió el Colegio electoral y le dijo estas profundas y no menos elocuentes frases: *El primer pueblo, que desde el Ecuador dió á los americanos el grito de libertad, debe ser el primero que enseñe, que la misma libertad reclama principios moderados, para que la licencia no sea su término.* En el terreno político, somos más libres, cuanto mejor uso hacemos de la libertad, sirviéndonos de ella como de medio para conseguir el bién común. El libertinaje, personificación del mal, arrastra á la anarquía y ésta al despotismo, cuya primera víctima es el *pueblo*, quien, sin género de duda, debe blasonar de libre, cuando conoce sus derechos, guarda las leyes y respeta á los gobernantes.

LEONIDAS BATALLAS.

Libertad es poder vivo que el hombre siente en derredor de sí, ha dicho Lamennais.

De tí ¡oh Sucre! se sirvió el Dios de las Naciones para libertarnos.

¿Qué deberemos hacer para enaltecer aun más tu memoria bendecida?

Desde las faldas del campamento en que el Angel de las batallas formó la auréola con que orló tu cabeza, y con el sombrero á la mano, repetir entusiasmados á las cinco Repúblicas emancipadas por Bolívar lo que este perilustre Libertador dijo oficialmente, en ocasión solemne:

"Persuadamos á los pueblos que el Cielo nos ha dado la libertad para la conservación de la virtud y la obtención de la patria de los justos."

FRANCISCO IGNACIO SALAZAR.

La gloria del vencedor de la batalla de Pichincha es tan rara y elevada, como rara y sin igual es la altura del campo de esa memorable jornada, que selló la independencia de Colombia y preparó la libertad del resto de la América del Sur.

MIGUEL EGAS.

De todas las incomparables virtudes del héroe sin tacha, la que más cautiva mi admiración y mi amor por él es su lealtad. Colaborador, más que teniente de Bolívar, jamás dió acceso en su alma nobilísima á un solo movimiento de emulación por las glorias y la fortuna del ídolo de cien y cien pueblos: y, cuando, descendiendo ya á su ocaso el sol de Colombia entre siniestras nubes de ingratitud y de perfidia, una leve transacción con los desleales le hubiera elevado al Capitolio, prefirió ir á dar, cargado con su fidelidad inquebrantable, en las tenebrosas encrucijadas de Berruecos.

JOSÉ MARÍA ALVEAR.

¡Oh Sucre! El Pichincha será monumento eterno de tu gloria, y su brisa refrescará en nosotros la memoria de tu esclarecido nombre. Tu heroísmo, pregonado mil veces por la fama, selló nuestra libertad y autonomía; y por esto, con el entusiasmo del más puro patriotismo, exclamamos agradecidos: Loor al ínclito Sucre, cuyos méritos le alzan sobre la mole gigantesca de los Andes.

Carlos de Arteta.

Sucre, la figura más simpática de la independencia, el hijo mimado de la Gloria, el predilecto del Gran Bolívar, eligió por patria adoptiva el Ecuador: los ecuatorianos debemos consagrar á su memoria una filiar ternura.

Francisco Orejuela.

Sucre, insigne campeón de la milicia de Bolívar, fue el héroe predestinado en los sabios consejos del Altísimo, á escribir las tablas de nuestra autonomía sobre el Pichincha, Sinaí del nuevo mundo, humedecido con la sangre de 340 soldados de Colombia. Y al fragor de sus armas fulminantes, entre las plumbeas nubes que levanta la pólvora en los dominios de la Guerra, fue como aquel inmaculado Capitán, ofreció á los pueblos redimidos por su espada los principios tutelares de la democracia.

Ricardo Cornejo.

Si Bolívar fue la figura más culminante de nuestra independencia, Sucre fue la figura más simpática; y si hubo alguien que pretendió presentar á Sucre guerrero como émulo del Libertador, fue porque olvidó, sin duda, aquellas palabras suyas que hacen el elogio más merecido del héroe de Pichincha: "Si la Providencia nos hubiese concedido el derecho de

elegir familia, yo elegiría por padre á Don José María Mosquera, y por hijo al General Sucre."

FLORENTINO URIBE.

¡Sucre inmortal!....Cuando contemplo, tu sombra veneranda, enhiesta sobre los riscos del Pichincha, trono sublime de tu gloria, te miro gigante como los penachos de ceniza que coronan la frente de los volcanes andinos, invaden el éter y eclipsan el sol!.... ¿Oyes ese retumbo fragoroso del cañón, que acorda grandiosamente con las notas entusiastas de marciales músicas? Los ecos son del himno que en tu loor entonan los americanos pueblos, himno con que la posteridad consagra el culto de sus héroes......

ANTONIO J. QUEVEDO.

Fuiste bravo como Aquiles, prudente como Néstor, filósofo como Marco-Aurelio; pero ni tu bravura, ni tu discreción, ni tu sabiduría, te engrandecieron tanto como tu clemencia.

R. AGUIRRE.

A Sucre, las circunstancias le hicieron héroe y la fortuna libertador; su genio le dió gloria, sus enemigos la apoteosis del martirio, sus hechos, el título de inmaculado.

A. P. CHAVES.

Sucre tiene en el Pichincha una pirámide eterna, no engendro del orgullo, ni regada con el sudor de esclavos, como las destinadas á la sepultura de los monarcas egipcios, sino obra de Dios, humedecida con lágrimas de gratitud del pueblo que redimió y consagrada por el heroísmo republicano á la libertad de América.

A. FLORES.

HOJA DE SERVICIOS

DEL GENERAL ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

OFRENDA DE MANUEL LANDAETA ROSALES

El 28 de octubre de 1890





ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Nació en Cumaná, ciudad de Venezuela, el 3 de Febrero de 1795. Fueron sus legítimos padres el coronel Don Vicente Sucre y Doña María Manuela de Alcalá, personas distinguidas de aquella ilustre ciudad.

Ejerciendo la Presidencia de Bolivia, casó por poder el 20 de abril de 1828 con Doña Mariana Carvelén y Larrea, Marqueza de Solanda, vecina de Quito.

Fue muerto violentamente por mano aleve, en la montaña de Berruecos, en la antigua Nueva Granada, el 4 de junio de 1830, cuando apenas contaba 35 años 4 meses de edad.

Sus restos mortales fueron trasladados, años después, á Quito, y depositados en el templo de San Francisco de aquella ciudad; y al crearse el Panteón Nacional de Venezuela, se ordenó en 1876, colocar en él los de tan Esclarecido Varón; pero por más esfuerzos hechos por el Gobierno Nacional, no se han podido obtener tan venerandas cenizas, para que reposen en el Templo de la inmortalidad.

El Doctor Juan Pablo Rojas Paúl, Presidente de la República, por decreto de 9 de diciembre de 1888, ordenó la erección de una estatua ecuestre de Sucre en la ciudad de Cumaná cuna del Héroe, la cual se inaugura hoy 28 de octubre de 1890.

CAMPAÑAS QUE HIZO EL MARISCAL SUCRE

1ª	La de Barcelona, como Comandante de Ingenieros.	1811
2ª	La del Centro, en el Estado Mayor General del Generalísimo Miranda....	1812
3ª	La del Oriente de Venezuela, bajo las órdenes del General Mariño..	1813 á 1814
4ª	La del Centro de Venezuela, bajo las órdenes del General Mariño..	1814
5ª	La del Centro al Oriente, en la emigración en....	1814
6ª	La del Oriente bajo las órdenes de los Generales Mariño y Rivas....	1814
7ª	La del Oriente, bajo las órdenes de los Generales Mariño y Bermúdez	1816 á 1817
8ª	La de Guayana, bajo las órdenes del Libertador.	1817
9ª	La de Oriente, bajo las órdenes de los Generales Bermúdez y Mariño.	1817 á 1819
10ª	La de Guayana, bajo las órdenes del Libertador	1819
11ª	La de la Nueva Granada, bajo las órdenes del Libertador..	1820
12ª	La del Occidente de Venezuela, bajo las órdenes del Libertador....	1820
13ª	La del Ecuador como Jefe del Ejército del Sur de Colombia	1821 á 1822
14ª	La de Popayán como Jefe del Ejército del Sur de Colombia	1822
15ª	La 1ª del Perú, como Jefe del Ejército Colombiano auxiliar del Perú..	1823
16ª	La 2ª del Perú como Jefe del Ejército Colombiano y Peruano	1823
17ª	La 3ª del Perú, como Jefe del Ejército Unido, Libertador del Perú	1823 á 1825
18ª	La del Alto Perú, (República de Bolivia.)	1825 á 1826
19ª	La del Sur de Colombia, cuando la invasión Peruana....	1828 á 1829

Acciones de guerra á que asistió el Gran Mariscal Sucre

—

1812.—20 de junio: Combate en La Victoria, Sección Aragua, como ayudante del Generalísimo Miranda, contra el General Domingo Monteverde—Triunfo.

1813.—13 de enero: Combate en Güiria, sección Cumaná, á las órdenes del General Mariño, contra el Coronel Juan Gabazo—Triunfo.

1813.—2 de agosto: Sitio en Cumaná, Sección Cumaná, á las órdenes del General Mariño, contra el Coronel Eusebio Antoñanzas—Triunfo.

1814.—5 de febrero: Combate en Agua-negra, Sección Maturín á las órdenes del General Mariño, contra el Coronel N. Barazola—Triunfo.

1814.—31 de marzo: Batalla en Boca Chica, Sección Aragua, á las órdenes del General Mariño, contra el General José Tomás Boves—Triunfo.

1814.—16 de abril: Batalla en El Arao, Sección Cojedes, á las órdenes del General Mariño, contra el General José Cevallos—Perdida.

1814.—28 de mayo: 1er Batalla en Carabobo, Sección Carabobo, á las órdenes del Libertador, contra el General Juan Manuel Cajigal—Triunfo.

1814.—15 de Junio: Batalla en La Puerta, Sección Aragua, á las órdenes del General Mariño, contra el General José Tomás Boves—Perdida

1814.—17 de agosto: Batalla en Aragua, Sección Barcelona, á las órdenes del Libertador, contra el General Francisco Tomás Morales—Perdida.

1814.—5 de diciembre: Batalla en Urica, Sección Barcelona, á las órdenes del General Rivas, contra el General José Tomás Boves—Perdida.

1814.—11 de diciembre: Sitio en Maturín, Sección Maturín, á las órdenes del General Rivas, contra el General Francisco T. Morales—Perdida.

1816.—10 de junio: Combate en Carlos López, Sección Cumaná, á las órdenes del General Mariño, contra tropas españolas—Perdida.

1816.—2 de setiembre: Combate en Yaguaraparo, Sección Cumaná, á las órdenes del General Mariño, contra el Comandante Francisco Jiménez—Triunfo.

1817.—19 de enero: Sitio en Cumaná, Sección Cumaná, á las órdenes del General Mariño, contra el General Juan Bautista Pardo—Triunfo.

1818.—30 de mayo: Combate en el Puerto de la madera, Sección Maturín, á las órdenes del General Bermúdez, contra el General Tomás Cires—Perdida.

1818—25 de agosto: Combate en Güiria, Sección Cumaná, á las órdenes del General Bermúdez, contra el Comandante Ramón Añez—Triunfo.

1818.—13 de setiembre: Combate en Río Caribe, Sección Cumaná, á las órdenes del General Bermúdez, contra el Comandante Ramón Añez—Triunfo.

1818.—15 de Octubre: Combate en Río Caribe, Sección Cumaná, á las órdenes del General Bermúdez, contra el Comandante Ramón Añez—Perdida.

1819.—12 de junio: Batalla en Cantaura, Sección Barcelona, á las órdenes del General Mariño, contra el Coronel Eugenio Arana—Triunfo.

1819.—11 de agosto: Sitio en Barcelona, Sección Barcelona, á las órdenes del General Bermúdez, contra el Coronel José Pereira—Perdida.

1821.—30 de agosto: Batalla en YAGUACHI, Departamento del Ecuador, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el Coronel Francisco González. —Triunfo.

1822.—21 de abril: Combate en Ríobamba, Departamento del Ecuador, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el Coronel Francisco González—Triunfo.

1822.—24 de mayo: Batalla en PICHINCHA, Departamento del Ecuador, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el General Melchor Aymerich—Triunfo.

1822.—24 de noviembre: Combate en Taindala, de la Nueva Granada, como Jefe del Ejército del Sur, contra el Coronel José Boves—Perdida.

1822.—24 de diciembre: Combate en Guaitara, de la Nueva Granada, como Jefe del Ejército del Sur, contra el Coronel José Boves—Triunfo.

1822.—25 de diciembre: Combate en Yacuanquer, de la Nueva Granada, como Jefe del Ejército del Sur, contra el Coronel José Boves—Triunfo.

1822.—26 de diciembre: Combate en Pasto, de la Nueva Granada, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el Coronel José Boves—Triunfo.

1824.—6 de agosto: Batalla en JUNÍN, del Perú, á las órdenes del Libertador, contra el General José de Canterac—Triunfo.

1824.—9 de diciembre: Batalla en AYACUCHO, del Perú, como General en Jefe del Ejército Unido, Libertador del Perú, contra el Virrey Don José de Laserna—Triunfo.

1829—12 de febrero: Combate en Saraguro, del Ecuador, como General en Jefe del Ejército Colombiano, contra el Gran Mariscal José de Lamar—Triunfo.

1829.—27 de febrero: Batalla en TARQUI, del Ecuador, como General en Jefe del Ejército Colombiano, contra el Gran Mariscal José de Lamar—Triunfo.

NOTA.—La palabra *triunfo* se refiere al obtenido por los independientes; y la *perdida* á la sufrida por los mismos.

RESUMEN GENERAL

CAMPAÑAS

En Venezuela	11	
En Nueva Granada	2	
En el Ecuador	2	
En el Perú	3	
En Bolivia	1	19

ACCIONES

Batallas	12	
Sitios	4	
Combates	15	31

RESULTADOS

Acciones ganadas	21	
Id perdidas	10	31

RESUMEN POR AÑOS

1812	1	Acción
1813	2	
1814	8	
1816	2	
1817	1	
1818	4	
1819	2	
1821	1	
1822	6	
1824	2	
1829	2	31

RESUMEN DE ACCIONES POR NACIONES

En Venezuela	20	
En la Nueva Granada	4	
En el Ecuador	5	
En el Perú	2	31

NOTA.—No figuran aquí los pequeños combates ó escaramuzas á que asistió el Gran Mariscal Sucre durante sus campañas.

GRADOS MILITARES QUE OBTUVO

NOMBRE DE LOS GRADOS	QUIÉN SE LOS ACORDÓ	DÓNDE SE LOS ACORDARON	FECHAS
Oficial de Milicias regladas (1)......	La Junta Suprema de Cumaná......	En Cumaná....	12 de Julio de........1810
Comandante de ingenieros........	La Junta Suprema de Caracas......	En Caracas....	1810
Teniente Coronel.................	El General Mariño..................	En Güiria......	Enero de.............1813
Coronel..........................	El Libertador......................	En Guayana...	1817
General de Brigada................	El Dr. Zea, Vicepte. de Colombia....	En Angostura..	1819
General de División...............	El Libertador......................	En Quito......	18 de Junio de.......1822
Gran Mariscal (2)................	El — —	En Lima.......	26 de Diciembre de...1824
General en Jefe de la R. de Colombia	El Congreso de Colombia............	En Bogotá.....	14 de Febrero de.....1825

(1) Hizo sus estudios matemáticos en Cumaná, bajo la dirección del ingeniero Don Juan Pirez.
(2) El Congreso Peruano el 12 de febrero de 1825, lo hizo Gran Mariscal de Ayacucho.

EMPLEOS MILITARES QUE EJERCIÓ

NOMBRE DE LOS EMPLEOS	QUIÉN SE LOS ACORDÓ	DÓNDE SE LOS DIERON—FECHAS
Comandante de ingenieros en Barcelona.....	La Junta Suprema de Venezuela..........	En Caracas.............. 1810
Ayudante del Generalísimo F. Miranda......	El Generalísimo Francisco Miranda.......	— Valencia.............. 1811
Jefe de un batallón de infantería...........	— General Santiago Mariño..............	— Güiria, Enero.......... 1813
— — — — zapadores...........	— — — —	— Cumaná, Agosto...... 1813
Ayudante del General S. Mariño............	— — — —	— Oriente, Febrero...... 1814
Jefe de E. M. del Ejército de Oriente.......	— Libertador...........................	— el Centro, Abril....... 1814
Jefe de un Batallón en Oriente............	— General Santiago Mariño..............	— Oriente.............. 1816
Jefe militar del Bajo Orinoco..............	— Libertador........................	— Guayana 1817
Jefe de E. M. del Ejército de Oriente......	— —	— — Octubre..... 1817
Jefe al servicio en Oriente y Guayana.......	— —	— — 1819
Jefe de E. M. G. del Ejército Libertador.....	— —	Sabanalarga (Trujillo) Nb. 1820
Jefe del Ejército del Sur de Colombia........	— —	En Bogotá, 11 Enero..... 1821
Comandante gral. del Dpto. de Quito......	— —	— Quito, 18 Junio....... 1822
Jefe del Ejército unido de Colombia y Perú..	— Gobierno del Perú	— Lima, 30 Mayo..... 1823
— — — — Libertador del Perú..	— Libertador...........................	— Pitivilca, 13 Febrero. 1824
Jefe militar de los Dpmtos. del Perú.......	— —	— Lima.............. 1825
Jefe expedicionario al Alto Perú..........	— —	— — 1825
Jefe del Ejército colombiano (cuando Tarqui)	— —	— Bogotá, 28 Otbre... 1828

EMPLEOS CIVILES QUE DESEMPEÑÓ

NOMBRE DE LOS EMPLEOS	QUIÉN SE LOS CONFIRIÓ	DÓNDE SE LOS CONFIRIERON	FECHAS
Comisionado Nacional á las Antillas..	El Libertador	En Guayana	1817
Comisionado para ajustar el tratado de Santa Ana de Trujillo	Id id	En Trujillo	Noviembre de ..1820
Intendente del Departamento de Quito	Id id	En Quito	18 de Junio de .1822
Plenipotenciario de Colombia al Perú..	Id id	En Guayaquil	Abril de 1823
Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia al Perú	El Gobierno de Colombia	En Bogotá	1825
Encargado del mando Supremo del Alto Perú	Una Asamblea de Chuquisaca	En Chuquisaca	Julio de 1825
Presidente vitalicio de Bolivia .....(1)	La Asamblea de Chuquisaca	En —	1826
Diputado por Cumaná al Congreso Admirable	Los Pueblos de la Pvcia. de Cumaná.	En Cumaná	1829
Comisionado por el Congreso Admirable para tratar con los comisionados de Venezuela en 1830	El Congreso Admirable	En Bogotá	6 de Febrero de.1830

(1) Sólo por dos años admitió la Presidencia y la renunció después del motín militar de Chuquisaca, del 18 de abril de 1828.

CONDECORACIONES QUE OBTUVO

NOMBRES DE ELLAS	FORMA QUE TENIAN	DE QUÉ ERAN	QUIÉN SE LAS ACORDÓ	FECHAS
Escudo de Boca chica	Escudo	Seda y oro	El Libertador	Abril 1814
— — la 1ª Carabobo	—	— —	— —	29 Mayo 1814
Orden de Libertadores	Estrella	Oro	— —	1818
Medalla de Quito	Un Sol	—	Asamblea de Quito	29 Mayo 1822
Espada del Perú	Espada	—	Gobierno del Perú	1° Julio 1822
Medalla del Perú	Elipse	—	— —	1° — 1822
Medalla de Ayacucho	Id	Oro y brillantes	El Libertador	27 Diciembre 1824
Escudo por la Campaña del Perú	Escudo	Seda y oro	El Congreso de Colombia	12 Febrero 1825
Espada de Colombia	Espada	Oro	— — — —	— — 1825
Busto del Libertador	Circular	—	— — peruano	— — 1825
Guirnalda de oro de Cochabamba	Guirnalda	Oro y brillantes	La ciudad de Cochabamba	Julio 1825
Pluma de oro de idem	Pluma	Oro	El Colegio —	— 1825
Espada de la Municipalidad de Lima	Espada	Oro y 1.168 brills.	La Municipalidad de Lima	1° Octubre 1825
Medalla del Potosí	Elipse	Plata	El 1er Congreso de Bolivia	Abril 1826

LA GLORIA DE SUCRE

—

ODA

Premiada en el Certamen del 5 de julio en Cumaná

—

¿Y sólo de la historia
Su nombre nos dirá numen severo?......
Para cantar la gloria
De Sucre ¡oh Musa! quiero
La voz del Pindo y el clarín de Homero.

Del blando Manzanares
Meció su cuna la gentil ribera;
De allí, por tierra y mares,
Combate, vence, impera,
Y al viento da la tricolor bandera.

Metéoro de guerra,
Vibrando luz de libertad divina,
Salva la ignota sierra;
El campo ve, fulmina,
Los cetros rompe y su poder calcina.

Ni nublo pasajero
El disco de oro de su honor empaña;
Blande fulmíneo acero,
Y con invicta hazaña,
Rinde á sus plantas el blasón de España.

Y ¿quién más rica lumbre
Vertió de gloria y de valor fecundo?
Del genio en la alma cumbre
Brilló, sólo segundo,
A tí Bolívar, redentor de un mundo.

Nunca mejor corona
Ciñó las sienes de varón preclaro;
Por una y otra zona
Halló en su escudo claro,
La fama timbres y Colombia amparo.

Su genio como el rayo
En relámpago súbito trasciende
Del Guaire al Pilcomayo:
Si el rojo cráter prende,
Truena el Pichincha y con su gloria esplende.

Paréceme que escucho
Resonando en el Ande giganteo
Los ¡vivas! de Ayacucho;
Y al gran Bolívar veo
Dejar la espada para ser Tirteo.

Al són de los clarines
Su perínclito nombre se dilata
Del orbe á los confines;
Del Avila al Sorata,
Del Hudson claro al argentino Plata.

A los que del Tolima
Trepan las canas crenchas de granito;
A la pujante Lima,
Que ya responde al grito
Que dió Caracas; y á la excelsa Quito;

Los que el tremante cono
Ven hervir del flamígero Aconcagua,
O ya el sentido tono
Oyen, que roza el agua,
Del indio errante en la fugaz piragua;

A cuantos con sus olas
El mar circunda, y á romper despierta
Las huestes españolas,
El atalaya alerta,
Su genio escuda y su pendón liberta.

Ya en el vistoso carro,
Y al hueco timbre de marcial trompeta,
La enseña de Pizarro
Conquista el noble atleta,
Y al soberbio león allí sujeta.

En vano con rugido
La tierra en torno resoplando atruena;
En vano, el cuello uncido,
Sacude la cadena,
Y encrespa airado la imperial melena.

¿ Cuándo mayor presea
Ganó la Grecia ó codició el Romano ?
De esclavo, señorea
Ya libre, y es hermano
Del Viejo Mundo el continente Indiano.

Y ¿ qué ! también le hieres
Sanguinaria Ambición, porque te humilla ?
¡ Así gran Sucre, mueres !
¿ De quién tanta mancilla ?
¡Ay ! de Colombia fué, no de Castilla....!

Enlútese ya el Ande,
Cubre, patria, de horror tus santas lizas,
Como á Escipión el grande,
Si á Sucre divinizas,
¿ Dónde su emblema está, do sus cenizas ?

Mas ah ! ¿ qué á tí loores,
Cuando America viste ardiente malla,
Y entre hórridos fulgores
Y con tumulto estalla
Y fratricida pompa la batalla ?

Desde el empíreo trono
A trocar en amor tu voz descienda
El enemigo encono:
Tu espíritu se encienda
Cual iris santo en la feral contienda.

Así la tierra aclama
Sucre divino, tu inmortal memoria:
Tu oráculo es la fama,
Tu panteón la historia,
Tu insignia el bién, tu pedestal la gloria.

FELIPE TEJERA,

Caracas.

ODA

AL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

—

Lucha noble y gigante fué esa guerra,
De tantos triunfos y de esfuerzos grandes
Que arrojó un cetro secular por tierra
Y altar de libres levantó en los Andes.
La libertad de América sellada
Fué de Ayacucho por aquella espada,

Brillante en nuestra historia
Como el sol que esplendente reverbera
Lumbre de vida en la terrestre esfera.

Fué esa espada el horario portentoso
Que en el reloj del tiempo marcó la hora
De convertirse América en coloso
Y en vez de esclava ser al fin señora:
Ella en tres siglos soportó tal pena
Y, altiva sacudiendo su cadena,

Al cabo se levanta,
Armase, lidia, dignidad recobra,
Y tu, Sucre inmortal, consumas la obra!

Cantando en tu loor, noble guerrero,
El dulce *hossanna* de los libres canto;
Mas tu trágico fin si considero
Mi lira siento que se inclina al llanto:
O bien, con justa indignación mi lengua
Contra la infanda ingratitud me amengua

De América el renombre,
En voces iracunda se desata,
Y es la armonía de mi canto ingrata,

Vergüenza amarga mi conciencia humilla
Hoy que mi numen tu gran nombre invoca,
Si en aquel lance que el honor mancilla
¡Ay! de mi patria, mi recuerdo toca,
Oh Jefe invicto, cuya fuerte mano
La gran falange del poder hispano
Venció cuando aun hacía
De la tierra del Inca en las regiones
Ondular á los vientos sus pendones.

Triunfante; y luégo tu presencia grata,
Que hizo olvidar el yugo de los Reyes,
Á la ciudad antigua de *La Plata* (†)
Llevó del sábio las paternas leyes:
Ella tu nombre como un lauro toma,
Orgullosa con él, cual pudo Roma
Estarlo con su nombre,
Y en hora infausta gratitud olvida
Librándote al furor de un homicida,

Tal desencanto, que en tu pecho labra
Pesares hondos, á dejar te obliga,
Del adiós profiriéndo la palabra,
Mi patria que en su cuna á tí se liga:
Y empújate el turbión de aciaga suerte
A otro sitio lejano do la muerte
En misterioso acecho,
Te corta el paso en el fatal camino
Con el plomo traidor del asesino!

En la América toda aun indignada
Van resonando los ingratos ecos
De esa maldad horrenda consumada
En la montaña oscura de Berruecos.
Baldón que Europa como estigma ardiente
De esta estirpe de América á la frente
Arroja por escarnio,
Sin pensar que doquier que el hombre habita
Surge la raza de Caín, maldita.
Una severa voz del viejo mundo
En América, ha dicho, todo es grande:
El sol torrentes de esplendor fecundo
Sobre gigantes montes allí espande:
De aquella obra se honró naturaleza;
Y en medio allí de tan cabal grandeza

(†) Chuquisaca, hoy *Sucre* capital central de Bolivia.

Pequeño solo el hombre
Ingratitud, venganza ó vil envidia
Muestra en discordias y constante lidia.

Culpables actos que el honor condena
Si deslustran de América á los hombres
No envuelve á todos la infamante pena,
Que hay en contrario venerandos nombres
Bolívar, Sucre, San Martín, Belgrano
Y mil más de este suelo americano
Constelación brillante
Formaron ya en el cielo de la historia,
Del nuevo mundo para inmensa gloria.

Sí, egregio capitán: sobre la cumbre
De aquellos montes de mi patria amada
Tu nombre aureola de esplendente lumbre,
Dejaste á un pueblo, cual dejó tu espada
También escrito el epitafio hermoso
Sobre la tumba del poder coloso
Postrado en esa arena
De Ayacucho, que á fe no lleva en vano
Fúnebre nombre en el lenguaje indiano.

¿Y—tal siendo tu mérito eminente
En la epopeya de la guerra santa
Que diónos una patria independiente,—
Fué de cobardes la perfidia tanta
Que al rededor, inspiración del vate,
De Dios el rayo en el postrer combate
Un Gólgota preparan
Y danle muerte con furor sangriento
Su yerto polvo disipando al viento?....

No hay anatema, ni infamantes nombres
En lengua humana que bastantes sean
A castigar de América á los hombres
Cuyas perfidias nuestro nombre afean;
El nombre americano, que al presente
De libertad es símbolo elocuente.
¡Malditos, pues, aquellos
Que sobre el rostro de su patria imprimen
Marca de infamia consumando el crimen!....

Borráronte del libro de la vida;
Y allá en agreste soledad que esconde
Tu reliquia mortal, quizás perdida,

Ella ha quedado sin saber á dónde....
Que á tanto la maldad llevó su saña
Contra el virtuoso vencedor de España!

Oh! padrón de ignominia!
Agravio impío que aun ofende al cielo
Y un grito arranca de vergüenza al suelo.

Al suelo de Colombia que asaz gime,
Si en tanta gloria de sus héroes sueña,
De ver que su honra ese borrón deprime,
Y por lavarlo su virtud empeña,
Dejé ella, en tanto, que del tiempo corran
Las sombras densas que á la vista borran

Las manchas del pasado,
En cuyo fondo, y cuanto más lejana,
Resalta sólo la grandeza humana.

RICARDO BUSTAMANTE.

Valparaíso, 1876.

EN EI 67 ANIVERSARIO

DE LA

BATALLA DE PICHINCHA

—

¿No oís el rimbombar de los cañones
Que de eco en eco el monte repercute?
El fuego de los rudos batallones,
Los clarines que ordenan el degüello,
Las cien cornetas con sus toques varios,
El grito de las fuerzas que resisten,
El grito más tenaz de sus contrarios?
El agudo silbido de las balas,
El ronco redoblar de los tambores,
Del corcel los relinchos insistentes,
Amenazas, denuestos y clamores;
Todo á porfía.... en confusión.... estruendo
Unísono de ruidos diferentes?

En alto tremolando las banderas,
¿No veis trepar á la escarpada cumbre
Jadeantes las columnas y ligeras?
Entre humo, por las filas,
Mortífera brillar rojiza lumbre,
Y rodar el caballo y caballero?
Dar fuego y avanzar; y los fusiles
Por tardos despreciando, ir al acero?
No hay tregua á su lidiar; el brazo hiere,
El herido defiéndese y combate,
Y el que menos feliz matando muere.

Este es el campo de Pichincha, es éste,
Donde, en tenaz porfía,
Colombia y el Perú á la española,
Antes invicta hueste,
La libertad de un mundo disputaron;

Y al retorno feliz del grande día,
Ahora, el arte sacro
Devuelve esa jornada en simulacro. (*)
No hay víctimas ni heridos,
Ni venganzas, ni lágrimas, ni horrores,
Ni esclavos ni vencidos.
Brinda la paz risueña sus favores,
Y, de un solo laurel entrelazadas,
Lucen al sol de Mayo
Las banderas de Sucre y de Pelayo.
Largo tiempo los manes de Pichincha
A este campo bendito con su sangre
Vinieron á llorar en desconsuelo,
Al ver cadenas, la ruindad ó el vicio
Por fruto del cruento sacrificio :
Hoy presiden alegres nuestra fiesta,
Con orgullo nos dan el nombre de hijos,
Y con gozo inefable
Bendicen nuestra ofrenda y regocijos;
Que al fin el campo orea
De la civil batalla perdurable
Y los ojos recrea
Orden, paz, bienandanza,
Práctica libertad, ciérta esperanza.

El impaciente soñador murmura
El avance teniendo por pasado;
Y al ver el carro que adelanta, ruina
El desconfiado augura:
Lento el sol á su trono se avecina,
A su paso las horas van brotando;
Y si el sol no marchara,
O la noche ó el día nos cegara.

Si la luz á la luz jamás empaña,
Si el árbol junto al árbol reverdece,
Si á una nube otra nube la acompaña,
Y un botón á la par de otro florece,
¿Por qué del hombre ha de chocar la idea,
Con la de otro tenaz y persistente?
La ajena á todos que sagrada sea,
Que nunca es dable al pensamiento humano
Concebir y expresar del propio modo:

(*) El del combate efectuado por el ejército en el campo de Pichincha, conformándose á los partes del General Sucre y del Coronel Santacruz.

La soberbia es satánica arrogancia,
Y ley de amor, de luz, la tolerancia.

La fuerza no convence, que el acero
Desgasta el pedernal y no lo ablanda;
Y es la virtud el divinal sendero
De las humanas, grandes libertades,
Que no viven jamás entre la orgía.
Y huyen de tumultuosas veleidades,
Y detestan la odiosa tiranía
De un hombre ó de funestas multitudes:
Quienes ansían libertad sin tasa,
Planten primero cívicas virtudes,
Y así empolvadas se verán las leyes,
Y el orden y la paz en firme basa.

Y los qne temen trágicos desmanes
Del pueblo, y por resguardo
Cabe la Cruz colocan su bandera,
No disparen jamás sin causa el dardo
Ni esgriman sin razón la ley severa;
Antes al enemigo probar deben
Que es, y ha sido siempre, ser cristianos,
Ser mansos, tolerantes cual hermanos.

Si amamos todos con verdad la Patria,
Y buscamos el bién para su vida,
Aunque por medio y senda diferentes,
¿Por qué en perpetua lucha fratricida,
Por siempre el odio y la ambición latentes
Afilando el puñal de la venganza?
El lábaro de unión alcemos todos,
Luzca por fin la aurora de esperanza;
Y con esfuerzo igual, de varios modos,
Con laureles y olivos de esmeralda
Al Ecuador tejámosle guirnalda.

Y al recuerdo del triunfo de Pichincha,
Y en las aras del Héroe sin segundo,
Hagamos un solemne juramento,
Ante Dios y la Patria y ante el Mundo,
En tan sagrado día:
Odio eterno á la ruda demagogia!
Odio eterno á la ruda tiranía!!

A. P. Chaves.

HIMNO A SUCRE

Música del distinguido profesor Benigno Rodríguez Bruzual.

CORO

A Colombia, por Sucre victoria
En reñida batalla campal.
Victoria final!
Ayacucho eterniza en la historia
La grata memoria
Del virtuoso adalid oriental,
Del Gran Mariscal!

En las aguas del Pária naufraga,
Al volar á la patria oprimida;
Dios piadoso le salva la vida,
Le consagra cual otro Moisés,
A servir de caudillo á su pueblo,
Derribar las antiguas almenas,
Y romper oprobiosas cadenas,
Cual incumbe al valor cumanés.

CORO

Y á las huestes patriotas en Güiria,
Que el gallardo Mariño decora,
El mancebo gentil se incorpora,
Dando pruebas de bélico ardor.
Su talento, honradez y pericia,
Su modestia, cultura y prudencia,
En la lid que nos dió independencia
Le conquistan mil lauros de honor.

CORO

Cual la luz apacible de Venus
    En el cielo sereno de oriente,
    Al bañarse en el mar de occidente,
    Magestuoso y espléndido el sol;
Así brilla, á la par de Bolívar,
    El varón cuyo heroico civismo,
    En Pichincha prepara un abismo
    Al soberbio dominio español.

CORO

Allí está! con su frente radiante,
    Su mirada segura y altiva,
    Su virtud que las almas cautiva,
    El experto y sagaz adalid.
Por hidalgo, de libre blasona;
    De los pueblos defiende el derecho;
    La justicia sustenta en su pecho,
    Siempre heroico y magnánimo en lid.

CORO

¡Cuánto admira su ingenio y bravura
    En la cruda y sangrienta campaña
    Que arrebata el poder á la España
    Y á la América da libertad!
El primero en honrarle es Bolívar:
    Este Genio creador, soberano,
    Ama á Sucre, y amándole ufano,
    Reconoce su eximia bondad.

CORO

Ayacucho, tronando fulmina?—
    —Polvo, nada son cetro y corona.—
    La grandeza de Sucre pregona?—
    —Y la enzalza divino laud.—
Vencedor generoso! rendidas
    Sus legiones devuelves á España
    Cual trofeos de fúlgida hazaña.
    ¡Sello y timbre de excelsa virtud!

CORO

Rica pluma y guirnalda preciosa,
    Que saber y virtud significa,
    Cochabamba ilustrada dedica
    Al egregio y feliz triunfador.

Sucre acepta la cívica ofrenda,
La consagra á su patria nativa
Que contempla gozosa y festiva,
Del buen hijo el eterno esplendor.

CORO

¡Gloria, gloria al insigne estratego:
Gloria, gloria al caudillo sublime:
Gloria, gloria al que pueblos redime
De ignominia y coyunda fatal!
¡Gloria, gloria resuena el Empíreo:
Gloria, gloria del sol reverbera:
Gloria, gloria, repite la esfera:
Gloria á Sucre, patriota inmortal!

CORO

A Colombia, por Sucre, victoria
En reñida batalla campal.
Victoria final!
Ayacucho eterniza en la historia
La grata memoria
Del virtuoso adalid oriental,
Del Gran Mariscal!

JOSÉ SILVERIO GONZÁLEZ.



A SUCRE

De un pueblo de héroes inmortal renuevo,
Noble columna de marciales triunfos,
Fuiste un meteoro de sublime gloria
Raudo y hermoso.

Eras del cielo de Colón el astro :
Tú de los Andes la alba sien doraste,
Y al patrio suelo de los nobles Incas
Diste un reflelo.

Así se admira en el oscuro polo
Un breve rato la boreal aurora,
Y más que nunca con su ausencia vuelve
Lóbrega noche.

Así Colombia te gozó un momento,
Bélico Arcángel de precoz fortuna,
Te fuiste al cielo y le quedó á la patria
Sangre y dolor.

Fuiste el amigo del sin par Bolívar,
El Dios querido del soldado eras,
Bella esperanza de las almas libres
Templo de gloria.

¡Ah! cuando Sucre y Ayacucho fueron
Un nombre solo de armonía y de triunfo,
Súbita abrióse eternidad tremenda
Bajo sus plantas.

La sien orlada de fragante lauro,
El tierno aplauso popular huyendo,
Iba á colgar su victoriosa espada
Junto á sus lares.

Iba á estrechar á su adorada esposa,
Iba á enlazar en su feliz regazo
Al noble emblema de pomposos triunfos
Rosas y mirtos.

Y en vez del labio de aromosa almíbar
Del blanco seno, del mirar divino,
Vió de la muerte el descarnado espectro
Entre sus brazos....

Y aquél que un mundo libertó famoso
No vió un amigo en su postrer momento
Y en negra noche sus exequias hizo
Lúgubre buho.

Así en desierto por el rayo herida
Muere la palma que al viajero errante
Brinda su sombra, y á su ansiosa mano
Dátiles tiernos.

Cayó al furor de sanguinarias manos,
Y el mismo sol que su sepulcro enseña,
También alumbra á los que así vertieron
Sangre inocente.

Mas ¡ah! su frente salpicada.... en vano
Limpiar quisieron, ó esconder al mundo,
Que el sello atroz del espantaso crimen
Es indeleble.

Y al fin vendrá de la venganza la hora,
Vendrá, y la tierra se abrirá con ansia,
Dando al culpable en su abrasado seno
Hórrida tumba.

(De *El Mosaico* á 15 de octubre de 1857.)

BERRUECOS
ó
4 DE JUNIO DE 1830

Es ya de noche en la fatal montaña.
No resuena en Berruecos un lamento
De fugitiva brisa.... A paso lento
Con faz que nube de tristeza empaña,
Camina un noble domador de España,
El héroe de Pichincha.... Hubo un momento
De rumor en el bosque.... Acaso el viento....
¡ Pérfida así la suerte nos engaña!
Mas, Sucre no tembló. ¿ Temblar sabía
El triunfador en Ayacucho acaso?
Y otra vez hubo ruido en la sombría
Montaña de Berruecos.... Sólo un paso....
Y á golpe vil de atroz alevosía,
¡ Pobre Colombia! Sucre perecía.

MANUEL N. VETANCOURT.

LA BATALLA DE AYACUCHO

HOMENAJE AL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO
ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Desde la sierra que domina al llano
En que están de la Patria las banderas,
Innúmeras legiones, altaneras,
Bajan, á sostener el yugo hispano.
Con mayor altivez, en el rellano
Do estriba el Condorcunca sus laderas
Huestes escasas, mas también guerreras,
Aguardan á pie firme al Castellano.
Lidia el valor con el valor; la suerte
Muéstrase aquí indecisa, allá ilusoria
Al disputarse el triunfo con la muerte.
Pero el genio encadena la Victoria,
Y la estrategia vence y rinde al fuerte:
¡ Sucre redime, y Ayacucho es gloria!

B. MILA DE LA ROCA.



INDICE

De los documentos en honor del Gran Mariscal de Ayacucho

PÁGINA



